

ACTO HOMENAJE

A

**JESUS de GALINDEZ**

---

*Celebrado en la Sala Chopin,  
el día 1o. de abril.*

---

*Editado por la Delegación  
del  
Gobierno de Euzkadi.*

México, D. F., abril de 1957.

Este Acto fué patrocinado por las siguientes organizaciones:

Delegación de Euzkadi en México.

Acción Nacionalista Vasca.—Confederación Nacional del Trabajo.—Grupo Socialista Vasco.—Izquierda Republicana de Euzkadi.—Partido Nacionalista Vasco.—Solidaridad de Trabajadores Vascos.—Unión Republicana de Euzkadi.

Confederación Nacional del Trabajo de España.—Ezquierda Republicana de Catalunya.—Partido Federal.—Partido Socialista Obrero Español.—Unión General de Trabajadores de España.—Unión Republicana de España.

## DISCURSO PRONUNCIADO Por don José Luis de Irisarri

Señores representantes de las Instituciones republicanas,  
Ilustres y muy queridos amigos mexicanos,  
Señores presidentes de organizaciones y partidos,  
Señoras y señores:

Ha sido voluntad del Señor Presidente de Euzkadi, don José Antonio de Aguirre, al aceptar la dimisión presentada por mí hace dieciocho meses, que mi último acto oficial como Delegado del Gobierno Vasco en México coincida con mi deseo de tomar parte en un acto de homenaje y de recuerdo a Jesús de Galíndez.

Nuestro Presidente ha querido de ésta manera brindarme la oportunidad de que mi despedida tenga para mí el grato sabor de poder cumplir una vez más con mi deber, horas antes de entregar la dirección de la Delegación Vasca en México en manos más eficaces que las mías y que representan para el Gobierno Vasco la garantía de una gestión afortunada.

Hago, pues público mi agradecimiento al señor Presidente de Euzkadi, al mismo tiempo que expreso mi reconocimiento a los organizadores de éste acto por haber hecho posible, al aceptarme en su tribuna, que mi deseo y el de nuestro Presidente se vean cumplidos.

Gracias a todos. Y gracias también a los vascos demócratas de México. Lo mismo a quienes me honraron con su colaboración, que a quienes me estimularon con sus críticas, casi siempre constructivas y eficaces.

Gracias también a todos los dirigentes de los partidos políticos españoles por su lealtad y por su gentileza para conmigo y gracias a los representantes de las Instituciones Republicanas que en tantas y tantas ocasiones supieron convertir en grata mi misión. Gracias, muchas gracias a todos. Y entremos en tema.

Y vamos a entrar en tema con la responsabilidad del cargo que todavía por unas horas más ostento, y que forzosamente habría de imponerme limitaciones de forma y de fondo si no contara con la libertad de saberme libre de él para poder dar de esta manera cauce normal y sin trabas a mi pensamiento.

Hace poco más de un año, precisamente el 12 de Marzo de 1956, desaparece de la escena de la vida un amigo nuestro, el Delegado del Gobierno Vasco en los Estados Unidos de Norteamérica y profesor de la Universidad de Columbia en Nueva York, Jesús de Galíndez. Y de él podríamos decir lo mismo que de todos y cada uno de los movimientos democráticos representados aquí ésta noche y que han tenido la gentileza de haber cursado las invitaciones para éste acto que estamos celebrando en su recuerdo, en su honor y en su homenaje.

Podríamos decir de Jesús de Galíndez que su bandera era la esperanza, nuestra propia esperanza. Esa esperanza que el mundo no ha podido separar de nuestros corazones y que nos mantiene fuertes y firmes en la defensa de nuestros principios y en la exaltación de nuestros ideales.

Esperar, esperar, esperar siempre. Como si nuestra esperanza no fuera digna, como si nuestros anhelos no fueran justos, como si los derechos del hombre no hubieran sido dictados también para nosotros, como si fuéramos parias, o eunucos, o vulgares delincuentes.

Esperar, esperar, esperar siempre. Esperar casi sin esperanza. Esperar con miedo, con mucho miedo. Con miedo a las defecciones de quienes en un día depositamos nuestra fé y nuestra confianza. Con miedo a las traiciones. Con miedo a las razones de Estado. Con miedo a la negligencia y al abandono de quienes creíamos que pensaban como nosotros.

Esperar, esperar siempre. Así esperamos nosotros y así esperaba Jesús de Galíndez. Y esperaba porque sabía que era necesario esperar, aunque la esperanza no llegara nunca a convertirse en realidad, aunque se viera siempre frustrada. Que él sabía como sabemos nosotros que la esperanza en sí constituye la dicha, y la razón del ser y de la vida, aunque nunca llegue, aunque siempre fracase, que sus fracasos y sus desilusiones son siempre menos horribles que la pérdida de la fé. La falta de fé y la falta de esperanza sólo sirve para infundir valor a los cobardes y a los asesinos.

Pues bien, señores. Con esa esperanza en el alma, Jesús de Galíndez fué visto por última vez en el escenario de la vida, la noche del día 12 de Marzo de 1.956. Hace más de un año. Plazo éste más que suficiente para que podamos preguntar si ha sido la negligencia o la incapacidad de la policía norteamericana la causa determinante de que todavía hoy sigan sin ser descubiertos oficialmente sus asesinos, o existen causas y motivos de tipo inconfesable que han impedido que una de las mejores policías del mundo haya fracasado ante la opinión pública internacional dejando incontestada la sorpresa producida por el secuestro en la conciencia de las personas honradas y decentes del mundo entero. (Muy bien).

Y algo sabemos los vascos de éstas cosas, porque no es la primera vez que una razón de Estado ha permitido que con nosotros se cometa una injusticia. Pero no es mi intención el hacer historia. La historia está hecha ya, y la conciencia de los vascos está serena y tranquila, esperando, siempre esperando, que un día la historia nos juzgue a todos. Ese día la historia será implacable con quienes por razones de Estado han permitido unas veces el latrocinio, otras la injusticia y algunas veces el deshonor del propio Estado en cuyo nombre se da paso a la iniquidad y a la falta de vergüenza. (Aplausos).

No, no es mi intención el acusar a los Estados Unidos de Norteamérica de tamaña responsabilidad, pero me asiste el derecho y tengo la obligación de recoger la voz de nuestro pueblo que se pregunta si los Estados Unidos de Norteamérica han dado todos, absolutamente todos, los pasos necesarios, para poder lograr el total esclarecimiento de los hechos y poder señalar a los autores materiales y morales del secuestro y del probable asesinato.

Porque no le basta a nuestro pueblo que la opinión pública internacional señale al trujillismo como responsable, ni le basta que plumas honradas de periodistas honrados mantengan el "yo acuso" contra el régimen trujillista, ni basta que sea el propio trujillismo el que se acuse a sí mismo al inventar y propalar la más vergonzosa cadena de calumnias contra el honor de Jesús de Galíndez. No, no basta todo eso. Nuestro pueblo no se conforma con eso. Nuestro pueblo quiere,

necesita, exige algo más. Porque no es la vida de Jesús de Galíndez la que está en juego, que en la lucha por la libertad son muchos los que caen víctimas de los tiranos. Es el honor de Jesús de Galíndez. Es el honor de nuestro pueblo. Es el honor de las conciencias honestas del mundo entero. Y es también, ¿por qué no decirlo?, el propio honor de los Estados Unidos de Norteamérica el que está sufriendo un descalabro en la mesa redonda de la opinión pública internacional. (Aplausos).

Y me van a permitir, señoras y señores, que abra un pequeño paréntesis en mi discurso. He hablado de plumas honradas de periodistas honrados. Pues bien, señores de pie y con vuestro aplauso rindamos el tributo de nuestra admiración y el tributo de nuestro agradecimiento a un caballero de la pluma. En esta tribuna se encuentra "Pedro Gringoire". (Los asistentes puestos de pie tributan una cariñosa y larga ovación a "Pedro Gringoire" quien visiblemente emocionado la agradece).

Yo lo sé y me consta que la policía norteamericana ha realizado grandes trabajos y grandes esfuerzos para lograr el esclarecimiento del "caso Galíndez". En su honor lo digo y sería injusto que no lo proclamara. No somos los vascos amigos de ocultamientos con fines sospechosos. La lealtad y la verdad han sido nuestras banderas y en seguir siendo fieles a ellas estriba nuestra moral y nuestro orgullo. Pero nuestro pueblo que conoce por nosotros la actitud digna de la policía norteamericana se pregunta si en esa cadena de esfuerzos no falta el eslabón que convierte en estéril sus trabajos por andar perdido en alguno de los recovecos del F.B.I. o del Departamento de Estado Norteamericano. (Grandes aplausos).

Nuestro pueblo es muy simple. Tiene la simpleza de las mujeres vírgenes o la de las mujeres honradas. Y ciertas cosas de la política internacional, que él no comprende, le suenan a lenocinio o a prostíbulo.

Nuestro pueblo no comprende, sin duda por su simpleza, que un día Francia nos arrebató, para entregar a Franco, el edificio propiedad de nuestro Gobierno y adquirido con el dinero donado por los vascos de América, aduciendo una determinada "razón de Estado". (Aplausos).

Nuestro pueblo no comprende, sin duda por su simpleza, que otro día para defender la libertad y la democracia, se pacte con Franco, la más auténtica negación de la democracia y de la libertad. (Aplausos).

Nuestro pueblo no comprende, sin duda por su simpleza, que más tarde la Unión soviética, inicie sus comadreo con el General Franco, y sea ella, precisamente ella, la que proponga su ingreso en las Naciones Unidas. (Aplausos).

Nuestro pueblo no comprende, sin duda por su simpleza, que para defender la libertad de América, se dé la mano a sus tiranuelos en la más flagrante prostitución de la vergüenza y de la dignidad. (Aplausos).

Nuestro pueblo no comprende muchas cosas. Y son tantas las cosas que nuestro pueblo no comprende, que por eso nuestro pueblo indaga, pregunta, mendiga la verdad. Esa verdad que en el "caso Galíndez" tiene el Gobierno Vasco que silenciar, que sus Delegaciones en América no pueden señalar, pero que la opinión pública de la libre América ha denunciado con valor, sancionándola con su fallo, y sentando en el banquillo a los acusados a quienes teniendo como arma política el asesinato, merecen el desprecio de todas las gentes honradas de la Humanidad. (Grandes aplausos).

Jesús de Galindez, ateo. Jesús de Galindez, comunista. Jesús de Galindez, chantajista. Jesús de Galindez, ladrón de medio millón de dólares al Gobierno Vasco. Jesús de Galindez, autor apócrifo de la "Era de Trujillo". Jesús de Galindez, asesino de once Obispos y Arzobispos españoles. Jesús de Galindez, al servicio de los rusos matando húngaros en las calles de Budapest. Jesús de Galindez, hombre de costumbres inconfesales. (Risas).

Los vascos habíamos sospechado que nuestra capacidad de resistencia a la infamia y a la calumnia, se había agotado cuando fuimos acusados de haber sido los incendiarios y los asesinos de Gernika. Grave error el nuestro. Ignorábamos las sorpresas que la vida nos tenía todavía reservadas. Entre ellas, la de vernos obligados a aprender un nuevo oficio para poder responder a la infamia con la infamia y a la calumnia con la calumnia. Por eso, no les sorprenda a Uds. que yo haga uso de esta tribuna para lanzar públicamente la más extraordinaria y difamante calumnia que haya podido salir de boca humana: los hombres del régimen dominicano que han lanzado al mundo, a través de sus declaraciones, a través de las Agencias de Prensa y a través de sus servidores a sueldo, esa campaña contra el honor de Jesús de Galindez, son personas decentes. (Risas). Si, son personas decentes. También nosotros sabemos calumniar. Aunque nuestra calumnia y nuestra infamia, coincida, como con Franco en España y creando la misma confusión, con altas bendiciones de no menos altas Jerarquías de la Iglesia, que también proclaman la decencia de todos los tiranos con escupulario que avergüenzan al mundo y a la civilización. (Aplausos).

Con qué dolor, con qué tragedia en el alma, un hombre como yo se ve obligado a expresarse de ésta manera. Pero es mi deber el hacerlo, porque han sido altas autoridades del Gobierno dominicano, quienes oficialmente han acusado a Galindez, a un católico vasco, de ser el asesino de once Obispos y Arzobispos españoles (sin que la alta Jerarquía de la Iglesia dominicana nada haya hecho por defender la verdad, guardando un silencio, terrible silencio, y de estos silencios de las Jerarquías, los vascos católicos podríamos hablar mucho, dando pábulo a que la calumnia se extienda y pueda confundir a personas crédulas y de buena fé. Y es que ciertas altas Jerarquías de la Iglesia Católica, lo mismo en Santo Domingo que en España, que no acostumbran a perder su tiempo en defender a una persona honrada, porque lo dedican todo a honrar a las que no lo son. (Grandes aplausos).

Yo soy católico, y soy católico practicante. También Jesús de Galindez lo era. De nuestro cuello, cuelga una medalla. Del de Jesús, colgaba. Es la medalla del Evangelio, la de la parábola del Buen Pastor, la del Sermón de la Montaña, la de Cristo Crucificado. Y esa medalla no es compatible con ciertos procedimientos y con ciertos servilismos que ciertas altas Jerarquías nos vienen ofreciendo, lo mismo en España que en Santo Domingo. (Aplausos).

Yo soy católico. Y no lo digo para dar una mayor fuerza a mis palabras, ya que, desgraciadamente, los campeones modernos de la catolicidad, con la complicidad de muchas altas Jerarquías, han logrado sembrar el confucionismo en el mundo hasta lograr que las gentes sencillas nos vean a los católicos, por el mero hecho de serlo, como cómplices de tiranos y tiranuelos. Yo soy católico. Jesús de Galindez era católico. Y si proclamamos con orgullo nuestro catolicismo, acostumbrados a ver a Franco alabado y bendecido por Obispos y Arzobispos,

y de ver a Trujillo, recibiendo la pleitesía y la adulación de los más altos representantes de la Iglesia Católica en Santo Domingo, es porque vemos que existe para el catolicismo un peligro más grave que el de ser perseguido por los dictadores, es el de ser protegido por ellos. Y las altas Jerarquías de la Iglesia han tomado el camino del error. (Muy bien, aplausos).

Qué grande responsabilidad ante la Historia. Qué daño irreparable para la Iglesia de Cristo. Qué grandes, qué inmensos, qué cristianos, esos centenares de Curas vascos que fueron perseguidos, encarcelados y hasta fusilados, también con el silencio de la alta Jerarquía, por defender a su pueblo calumniado, por defender al Evangelio y por defender a lo más puro y excelso de la doctrina cristiana. Loor a ellos. Y con nuestro respeto y nuestra veneración el más profundo reconocimiento de nuestra alma y la expresiva gratitud de nuestro corazón. (Aplausos).

Jesús de Galindez, fué una persona honrada. Porque si las cosas que de él se han dicho fueran ciertas, tened la seguridad de que Jesús de Galindez no hubiera sido asesinado. Jesús de Galindez viviría, y viviría bien y con grandes sueldos, estando al servicio de algún pícaro, de algún miserable o de algún tirano. No, no se asesina a los sinvergüenzas. A éstos se les aprovecha para crear pedestales a los hombres "providenciales". Se asesina a las personas honradas porque éstas se levantan contra la injusticia. Por eso fué asesinado Jesús de Galindez. Por honrado, por digno, por decente, por íntegro, por incorruptible y por leal. (Aplausos).

Fué el propio Presidente, don José Antonio de Aguirre, quien desafió a las autoridades dominicanas a que presentaran una prueba, una sola prueba, que sirviera para poder poner en duda la honorabilidad de Jesús de Galindez. El Presidente Aguirre sigue esperando esa prueba. El Gobierno Vasco sigue esperando esa prueba. Los vascos seguimos esperando esa prueba. Pero lo que los vascos no esperamos más, y a nuestra voz se unen millones de gargantas del mundo entero es para lanzar a la cara de los autores morales y materiales de esa campaña difamatoria contra Jesús de Galindez, el guante de nuestra indignación acusándoles de hombres sin honor. Hacemos nuestras las palabras de don José Antonio de Aguirre y las hacen suyas las gentes honradas del mundo entero: sobre los dirigentes de la política dominicana, autores morales y materiales de esa indecorosa campaña de una propaganda escandalosa sobre el buen nombre y el prestigio de Jesús de Galindez, ha caído el deshonor. (Aplausos).

Ha caído el deshonor, pero no ha acabado su capacidad para crear nuevos infundios. Ahora quieren resucitar a Jesús de Galindez. La torpeza quiere ser réctificada. Se les fué la mano. Fueron demasiado lejos. Qué daño les está haciendo, muerto, Jesús de Galindez. Por eso hay que darle vida en Budapest matando patriotas húngaros. Por eso hay que situarlo en un restaurante mexicano cenando con una dama. ¡Qué poca inteligencia! ¡Qué poca imaginación! Si a Jesús de Galindez quieren tenerlo vivo, no tienen que ir muy lejos. Jesús de Galindez vive y vivirá eternamente en nuestro corazón. En el corazón de todos los hombres libres de América. En el corazón de todos los hombres decentes del mundo entero. Y lo vamos a tener que llevar en el corazón porque los vascos no vamos a poder cumplir son su deseo de ser enterrado en tierra vasca. Allá en Larrabeobe, en Amurrio, en la finca de su padre. Allá, entre aquellas montañas, lejos del mundo, entre aquel paisaje que él llevaba dentro del

alma.

Señoras y señores: Permitidme que transporte vuestra imaginación a la tierra donde cada uno de vosotros visteis la luz del día y transeurrieron los primeros años de vuestra niñez. Allí donde vuestra madre os enseñó en su regazo a balbucear las primeras palabras. Allí donde iniciasteis vuestros primeros juegos infantiles y comenzásteis a tener los primeros amigos. Pensad en ese pedazo de tierra y comprendereis por qué Jesús de Galindez dejó escrito que si algo le ocurría quería ser enterrado en Larrabeobe. En Larrabeobe. Venid conmigo y con vuestra imaginación a ese pequeño pedazo de nuestra tierra. Escuchad la extraña, y no por extraña menos sublime competencia, de los campanarios de las iglesias de los pueblos cercanos. Prestad atención a las alabanzas, que, a través de sus gorgojeos, elevan al cielo los pajarillos de múltiples plumajes. Ved en lo alto, casi besando la cumbre, donde se eleva mayestática una cruz, un rebaño de ovejas, impacientes en saborear las primicias de un rocío depositado por una mano generosa. Ved más abajo, a un riachuelito travieso que rompe la tierra, acariciándola, y dejando en el aire, para recreo del oído un susurro de dulce protesta que cautiva, y es que el río, que teme al océano no quiere morir, como ha muerto el alma de muchos hombres, en el océano de las grandes corrientes civilizadoras. Ved a lo lejos, que el sol comienza a dar color y vida, arrancando a girones los últimos restos de la noche que mató el alba, y anunciando al espíritu la inmensidad de lo bello y la plenitud de lo auténticamente maravilloso. Ved al caserío que se viste de blanco en amable contraste con los colores que lo rodean. Ved las cruces de un cementerio cercano que os habla, con énfasis de fatal advertencia, de la muerte y de la eternidad. Ved esa flor, la primera que encuentren los ojos, que os ablará con místico lenguaje del misterio de la vida. Ahí está Larrabeobe. Y en ese Larrabeobe, en ese encanto indefinible que vibra, que se agita, que poetiza, que se expresa en matices, en pensamientos y en ideas, está en estos momentos, ya que no su cuerpo, el espíritu de Jesús de Galindez. Y no temáis, amigos que me estáis escuchando y que habéis tenido la bondad de acompañarme en éste viaje imaginativo a Larrabeobe, que los vascos tratemos de empequeñecer el espíritu de Jesús de Galindez encerrándolo en Larrabeobe y entre nuestras montañas. No. Jesús de Galindez ha dejado de ser un símbolo de los vascos para convertirse en el símbolo de una humanidad adolorida, porque lo han hecho suyo todos los amantes de la libertad. Jesús de Galindez es de todos y esa tumba que nosotros no podremos erigir en Larrabeobe estará en todas partes, porque en todas partes del mundo su nombre será respetado y venerado. ¡Qué gran premio para Jesús de Galindez!. ¡Qué gran consuelo para sus amigos!. ¡Qué gran azote para sus verdugos!. ¡Qué vergüenza para sus calumniadores!. ¡Qué escarnio para los que tratan de ocultar la verdad!. ¡Qué gran lección para los débiles, para los estrategas de café, para los héroes de bolsillo, para los que claudican!. ¡Ah!, señores. Los años pasan y no pasan de balde. No es muy halagüeño nuestro balance. Son muchos los muertos, muchas las indiferencias, muchas las defeciones y hasta muchos también los traidores. Pero no olvidéis que si el tiempo pasa para nosotros, también pasa, y en qué forma, para nuestros enenigos.

Son palabras de Jesús de Galindez un día que visitábamos las cuevas de Cacahuamilpa. Nos adentramos mucho en ellas, sin más luz que las de unos

pocos focos muy espaciados. Al regresar y comenzar a ver a lo lejos otra vez la claridad del día, Jesús de Galindez me dijo: "Mira, parece que es nuestra propia vida. Todo oscuro a nuestro alrededor, sin embargo, allá a lo lejos nos está esperando la libertad".

Señoras y señores:

Tengamos fé y tengamos esperanza. Siquiera tan solo fuera porque en éste mundo de inmundicia política hay también una luz que nos ilumina. Esa luz a la que quiero dedicar mis últimas palabras oficiales como Delegado en México del Gobierno Vasco. Esa luz que es nuestra propia vida porque la llevamos muy dentro de nuestro corazón. Esa luz se llama México. ¡Viva México!, señores. (Grandes y prolongados aplausos)

DISCURSO DEL SEÑOR  
LICENCIADO  
ALEJANDRO CARRILLO

Señores dirigentes de las organizaciones republicanas españolas; señores: Esta noche vengo a unir mi voz, que no tiene más mérito que ser la de un hijo de México, para rendir pleitesía y homenaje a la tarea y a la obra cumplidas por un distinguido luchador por la causa de la libertad de España y de América: Jesús de Galíndez

Hemos escuchado hace unos instantes algunas de las características y de las virtudes cívicas que adornaron a este peleador incansable por sus ideas. Y hemos de llegar, después de escucharlas, a la conclusión de que fué un digno hijo de la gran raza vasca, un magnífico español y un hombre en la más cabal expresión del término.

Los hombres de nuestra época tuvieron que definirse en los momentos en que España se conmovía con la invasión de los fascistas. No creo exagerar cuando digo que, en función de la postura que se asumió en el mundo entero con relación a la España invadida, supimos de una manera inequívoca quienes fueron los hombres y las mujeres que estuvieron a la altura moral de nuestro tiempo. (APLAUSOS).

Jesús de Galíndez, fiel a su raza, leal a su pueblo, supo ocupar el puesto que la gran mayoría de los vascos ocuparon en aquella tragedia inolvidable que conmovió profundamente al mundo. Los vascos tengo la impresión de que son, con mayor intensidad que otras razas apasionados de la tierra que les vio nacer. Se me ocurre pensar que tienen un sentido telúrico de la existencia: tan profundas, tan hondas son las raíces que han echado en el hogar nativo, Jesús de Galíndez fué un hombre que recogió la savia de su pueblo, la tradición de su raza. Por ello fué, también un digno representante de las mejores tradiciones de España.

En nuestro país, sus hijos mejores también están ligados profundamente al suelo de México. Son ellos los que dieron vida a la Patria, quienes han hecho que México marche por la senda del progreso y que se inspire en los ideales superiores de la justicia social. Por ese motivo es fácil para los mexicanos entender ese empeño de Galíndez en luchar por reconquistar la tierra, de morir en ella.

Jesús de Galíndez cumplió con su deber defendiendo la independencia nacional de España contra la invasión fascista. Y ese es un mérito que todos los hombres libres del mundo debemos reconocerle, independientemente de que coincidamos o no con todo su pensamiento político. Lo que importa en los momentos decisivos que vive el mundo es que los hombres se asocien para conquistar la libertad, aunque no marchen juntos a lo largo de toda la senda que conduce a la plena realización de nuestros respectivos ideales políticos.

Jesús de Galíndez fué fiel en supatria. Luchó por ella denodadamente. Y al llegar a tierras de América continuó con su fidelidad a la causa de la República española.

Querer a España, a mi modo de ver, no significa única y exclusivamente ensalzar las virtudes de su pueblo y pregonar la necesidad inaplazable de que las instituciones populares se restablezcan en su suelo. Querer a España es honrarla con la conducta diaria honrarla con el pensamiento y en la acción. (MUCHOS APLAUSOS. Querer a España en América es vincularse amorosamente, apasionadamente, con los pueblos de América (APLAUSOS PROLONGADOS).

Si alguna deuda existía entre los dominicanos que con fervor apoyaron la causa del pueblo español frente a la invasión nazifascista, esa deuda quedó saldada con la conducta generosa de Jesús de Galíndez al exhibir ante el mundo a ese sátrapa sanguinario y cimarrón que domina la patria dominicana (MUY FUERTES APLAUSOS). ¡Qué lección extraordinaria la de Jesús de Galíndez, no sólo para los extranjeros que encuentran hospitalidad en nuestros países, sino para muchos de los hombres que vimos en América la luz primera! Intelectual distinguido, no quiso eludir vicisitudes en defensa del pueblo que le había dado acogida, silenciando las monstruosidades de que había sido testigo de calidad. Conocedor como el que más de las angustias que prevalecen en ese país de las Antillas, Jesús de Galíndez quiso dar a conocer al mundo entero, con su pluma, arma poderosa, lo que estaba aconteciendo a miles de hombres y de mujeres que gimen bajo el yugo de Trujillo.

¡Qué extraordinaria lección la de Jesús de Galíndez a los intelectuales de América al hacer, con peligro de su vida, una excepcional fotografía del dictador que ensangrienta a Santo Domingo! ¡Qué magnífica lección a los pueblos de América al poner en sus manos el ariete de su verdad para que fuese conoída en todos los ámbitos de la tierra! Al escribir "La Era de Trujillo", Jesús de Galíndez estaba haciendo un servicio incalculable, no sólo a los habitantes de Santo Domingo, sino también a los ciudadanos de la mayoría de los países de América. Con dolor, con dolor auténtico, con vergüenza de americanos, he de confesar que en el llamado Nuevo Mundo el cáncer de la tiranía está corroyendo las entrañas de nuestros países. Es por ello indispensable que las características de las dictaduras hispanoamericanas, no sólo se conozcan en América, sino en el mundo entero. Acostumbrados como estamos a preocuparnos por problemas que nos llegan a lo hondo del corazón, pero que no están geográficamente cerca de nosotros, es ya indispensable que fijemos nuestra mirada en lo que está aconteciendo en el continente americano, para evitar que los gérmenes de putrefacción política y social que están haciendo que la lepra de la tiranía se extienda sobre toda América, llegue a manchar a los países, como el nuestro, en que todavía, por ventura, existe la libertad humana. (APLAUSOS CLAMOROSOS).

No fué —¡qué va!— el de Galíndez un simple ejercicio literario ni un vano empeño de intelectual metido en su gabinete de estudio, el que le llevó a trazar los rasgos esenciales de la satrapía de Santo Domingo. Fué una advertencia, una voz de alerta a los pueblos de América, para llamarles a aplastar no solamente el mal que se encuentra en la isla del Caribe, sino para evitar que el peligro circulara y cundiera por otras tierras del mundo nuevo. Por eso, Jesús de Galíndez realizó una tarea por la cual los americanos tenemos que rendirle homenaje

y manifestarle nuestra gratitud. Porque este cáncer que corroe a América es un cáncer que debemos extirpar con decisión. En las tierras que bañan el Caribe, en las islas que se extienden sobre el Golfo de México, existen hoy sátrapas que realmente nada tienen que envidiar a los más bárbaros de todas las épocas de la historia. ¡Qué incongruencia que en este continente en que por vez primera en 1776 se proclamara en Filadelfia el principio que hacía de la soberanía del pueblo la esencia misma de la autoridad, hayamos retrocedido en forma tal que hoy la democracia en esta región del mundo esté proscrita en la mayoría de los Estados americanos! ¡Qué dolor y qué vergüenza debemos sentir quienes recogimos las enseñanzas de un Simón Bolívar, de un José María Morelos y Pavón, de un Jefferson, de un José Martí, de un Sucre, de todos aquellos que lucharon, no sólo para obtener autonomía política para nuestras patrias, sino para orientarlas en el ejercicio limpio y permanente de las libertades humanas!

Aquellos que gustan de hacer, en veladas literarias, el panegírico de América, gritando a pleno pulmón que éste es el continente de la libertad, o están ciegos o mienten deliberadamente para confundir a quienes quisieran ayudar a los pueblos de América a romper las cadenas que les tienen sujetos.

Es indispensable que los hombres y mujeres de América despierten. Es imprescindible que escuchemos el llamado de Jesús de Galíndez, que lo interpretemos con fidelidad, que sepamos lo que tiene de permanente y valdero. Su obra no sólo es el esquema de cómo se asesina a un pueblo y de cómo se mantiene en el terror a los dominicanos, sino de un sistema que hace imposible que el hombre se desenvuelva y florezca de manera integral. Es indispensable en América que sus mejores hijos se levanten para luchar contra los tiranos. La lucha puede y debe ser múltiple, según las circunstancias. Es indispensable que, escuchando la voz de Jesús de Galíndez, llamemos a los pueblos de América todos a iniciar una campaña resuelta contra los dictadores de nuestro continente; que invitemos a los americanos todos a poner en cuarentena moral, política y social a todos los tiranos que todavía existen en América (**MUY BIEN. GRANDES APLAUSOS**).

Habrá quien nos llame ingenuos, románticos o ilusos, porque confiamos en la fuerza de las ideas y porque creemos que los instrumentos morales son eficaces para derribar imperios; pero si recordamos que las ideas se transforman en fuerza, podemos tener la certeza de que esta idea de "cuarentena", si se me permite el vocablo, a los tiranos y a los sátrapas de América, algún día los ideales de los forjadores de nuestros pueblos se habrán de transformar en realidades. Y es importante decir que no podemos conformarnos con la simple fotografía de un régimen tiránico ni con el empeño limpio y generoso de iniciar una cruzada contra los dictadores de América. Para ser eficaces en nuestro empeño, es necesario conocer las causas que crean a estos dictadores, los motivos que los engendran. Pensar que los pueblos de la América española son incapaces de gobernarse a sí mismos, es ofender, no solamente a los americanos, sino a los hombres en general. En ninguna parte del mundo los hombres son incapaces de gobernarse a sí mismos y de encontrar el mejor de los caminos para resolver sus problemas colectivos e individuales. Quien esto afirme, está negando la evidencia más absoluta que nos da la historia. Cada vez que los pueblos tienen en sus manos su destino, lo llevan por los mejores rumbos. En América hemos tenido momentos estelares en que los pueblos han tomado el timón de su nave y la han llevado a un feliz puerto. Pero, desgraciadamente, estos momentos han sido fugaces. En Amé

rica, la dictadura ha sido casi una institución permanente como consecuencia del desarrollo material de nuestros países, esa institución estaba siendo paulatinamente derrotada. En Colombia, en Argentina, en Cuba, en Venezuela en Guatemala, en muchos de los pueblos hermanos nuestros, ya las mayorías habían forjado regímenes democráticos y se esbozaban ya soluciones satisfactorias para los grandes y seculares problemas de sus pueblos. Por desgracia, la gente que desde dentro propicia las dictaduras, los oligarcas propietarios de grandes extensiones de tierra, los dueños de los latifundios, los defensores de la esclavitud y de la servidumbre, que estaban siendo derrotados, han encontrado aliados externos que les apoyan y les ayudan a mantener... (OVACION QUE IMPIDE OIR EL FINAL DEL PARRAFO).

¡Qué mal conocen a los pueblos de mi América quienes creen que son incapaces de luchar por la libertad y por la justicia social! Si hay pueblos que nacieron peleando con el arma al brazo y que han dejado centenares de miles de sus hijos en el trayecto de sus luchas populares y sociales, esos son los sojuzgados pueblos de América. Los hijos de españoles, los mestizos, que fueron consecuencia de la unión y del choque de dos culturas y de dos razas en nuestro continente, y los indígenas han peleado unidos para alcanzar tan altas metas. La aspiración a la libertad y a la justicia social no es patrimonio de ningún pueblo ni de ninguna época. Desde que el hombre se asienta, desde que termina la etapa de la nuda trashumante, desde que el hombre empieza a investigar lo que le rodea y a enterarse del mundo, el hombre anhela prosperar y mejorar sus condiciones de vida y ser auténticamente libre. Y América no es la excepción. Los pueblos de América han luchado con decisión y con denuedo por la conquista de la libertad y de la justicia social. Pero, por desgracia, por desventura, como se ha dicho hace algunos instantes, factores ajenos a su propio ser, factores externos a sus propios pueblos, han venido a consolidar a los sátrapas sangnarios de América.

Tenemos pueblos maravillosos; pero los pueblos, como todos los organismos vivos, producen excrecencias, y las excrecencias son sus dictadores, sus vendepatrias, quienes por un platillo de lentejas entregan la soberanía, el presente y el futuro de sus naciones. (**FUERTES APLAUSOS**). Grandes consorcios financieros, comerciales e industriales, están empeñados en comprar, barata, la riqueza de nuestros pueblos y cuentan para ello, con la complicidad de los tiranos de América. A eso se debe, fundamentalmente, que la fuerza de los hombres y de las mujeres de nuestros países no sea bastante para derrocar a sus dictadores. ¡Ah! señoras y señores: el día mismo, en la misma hora que cesara el apoyo que les brindan esos consorcios poderosos, — que ejereen influencia decisiva en sus gobiernos, poderosos también, — se derrumbarían estrepitosamente las dictaduras en tierras de América, y los americanos se dedicarían a la anhelada tarea de crear regímenes democráticos, de auténtica libertad humana en nuestro continente. Para emprender esta cruzada yo llamo a los americanos todos, independientemente de sus divergencias en materia de ideologías políticas, independientemente de la religión que profesen o que no tengan ninguna. Es una invitación a todos para que se asocien en una gran cruzada en favor de la libertad en América. No esperemos a que los españoles que aman a España y que, por lo tanto, aman a América, vengan a decirnos cuál es la tarea de los americanos frente a las sátrapas del nuevo continente. Recojamos la obra de Jesús de Galíndez; rindámosle homenaje, no sólo en veladas como ésta, merecedoras de nuestro respeto, sino siguiendo su ejemplo, ampliando la obra que él realizara y que realizan, en honor a la verdad.

muchos miles de americanos. Porque si hemos de ser sinceros, Galíndez no está ni estuvo solo en esta gran misión depuradora de nuestro ambiente político y social. En las cárceles de Santo Domingo gimen muchos hombres y mujeres que sólo han cometido el delito de querer libertad para su patria. En Cuba la situación es semejante. En Guatemala, el grito de dolor de muchos miles de guatemaltecos patriotas nos está llegando a los oídos y nos penetra en el corazón a quienes queremos oír. Y en Colombia, y en Honduras, y en Venezuela, y en muchos países de América, gimen también hombres y mujeres valerosos —doblemente valerosos, porque son anónimos combatientes por la libertad— que están dejando sus vidas en aras del ideal democrático.

Es necesario que esta tarea, que realizan ya muchos hombres en nuestros pueblos, se agigante. No dejemos a los dominicanos luchar solos contra la satrapía criminal, sangrienta y tropical de Trujillo; no abandonemos a los guatemaltecos sin ayuda de sus hermanos frente a la brutal actuación de un régimen antinacional y espúreo que les han puesto sobre sus espaldas. La tarea nos corresponde a todos, a todos por igual: mexicanos, españoles, norteamericanos, hombres de la América del Sur y del Centro, hombres del Caribe y hombres de Europa. La causa de la libertad es indivisible, y mientras en el mundo permanezcan satrapías, mientras en nuestro tiempo existan tiranías, no podremos jamás pensar que estamos acercándonos a la hora de la auténtica libertad humana.

Yo quiero esta noche rendir mi más emocionado tributo de admiración a Jesús de Galíndez, porque amando a España amó también a Santo Domingo; porque siendo fiel a la causa de la libertad de la tierra de sus mayores, en la que él nació y a la que esperaba reintegrarse físicamente a su muerte, también fue fiel a la tierra y al pueblo que le abrió los brazos y que le hizo partícipe de sus esperanzas y de sus dolores.

México gusta de rendir pleitesía a los hombres que hacen de su vida un ejemplo, a quienes predicán el bien con su propia conducta. No a aquéllos que gustan de proclamar verdades sólo en las horas fáciles y que en los momentos críticos las niegan o niegan su concurso para defenderlas. Aquí admiramos a quienes saben morir defendiendo su credo, su pensamiento, su ideal. Por eso los mexicanos vemos sentido como nuestro el dolor de los vascos del mundo entero, al perder a un hombre bueno, generoso, a un hombre en la más alta acepción del término. Hombre cabal, de su tiempo, porque se preocupaba no sólo de los problemas de su país, sino porque entendió justamente que la libertad y la causa del hombre no tienen fronteras; porque comprendió que la mejor forma de luchar por su propio pueblo era la lucha por el mártir pueblo de Santo Domingo que le había brindado hospitalidad.

Yo digo que Jesús de Galíndez, al exhibir documentada y valientemente las ignominias del dictador de Santo Domingo, no sólo luchaba por el pueblo dominicano, sino en favor de la libertad del pueblo vasco y del pueblo español, porque señala las lastras de las tiranías en un sitio dado de la tierra, está proclamando eficazmente la necesidad de acabar con ellas en todos los rincones del planeta. Por eso yo recojo el llamamiento de Jesús de Galíndez e invito a todos, mexicanos y extranjeros, a iniciar la gran cruzada popular que habrá de extirpar el cáncer de la tiranía en América; que habrá de lograr que los ideales luminosos de los padres de nuestras patrias se conviertan algún día en realidad. Hasta el día y la hora en que las tiranías desaparezcan del suelo americano, los hombres y las mu-

jes de América podremos afirmar que nuestro Continente es un Continente de libertad. Y ese día habrá de llegar si en esta cruzada ponemos lo mejor de nuestro esfuerzo y lo más hondo de nuestra devoción.

Yo tengo la firme convicción de que alcanzaremos más pronto la victoria si hablamos a los mejores ciudadanos de los Estados Unidos para que entiendan que los malos elementos suyos, aquellos que les están oprimiendo dentro de su propio país, los grandes consorcios y monopolios que extorsionan al pueblo norteamericano, son los mismos que engendran odios y abren abismos entre nuestros pueblos y el pueblo hermano de los Estados Unidos de América. (OVACION PRO-LONGADA).

Ser antinorteamericano es no conocer a ese gran pueblo. Aquellos de nosotros que hemos tenido la oportunidad de convivir en su seno durante años, sabemos que los ideales que estamos hoy proclamando, los ideales por los que luchamos, son también los ideales del verdadero pueblo norteamericano. Unidos los mejores hijos de Norteamérica con los mejores hombres y mujeres de la América Latina, las horas de los dictadores americanos estarán contadas y cuando la libertad impere en el Nuevo Mundo, en su firmamento lucirá la constelación de nombres de aquellos que lucharon, vivieron y perecieron defendiendo la causa del hombre y de la libertad en el suelo americano. Y cuando ese momento llegue, esplenderá con brillo propio el nombre de Jesús de Galíndez, soldado de la Libertad, digno hijo de la raza vasca y representante digno del gran pueblo español. (OVACION CLAMOROSA)

## DISCURSO de don INDALECIO PRIETO

Me doy cuenta perfectamente de que toda la significación de este acto ha quedado ya expresado de modo definitivo. Esa expresión ha corrido a cargo de Alejandro Carrillo. Y no solamente de manera formal, por su elocuencia arrebatadora —no en vano es uno de los más grandes oradores mexicanos, uno de los más grandes tribunos de nuestra lengua en este Continente—, sino porque ha personificado aquí la asociación del pueblo mexicano al homenaje o recuerdo que rendimos esta noche a Jesús de Galindez. Por lo tanto, mis palabras constituirán algo así como un apéndice ocioso.

He de comenzar con una advertencia. Sé que no tiene límites la libertad en ninguna tribuna mexicana, pero me doy cuenta de que soy un extranjero, aun cuando innegables vínculos de hermandad me unen a México, y de que como extranjero estoy obligado a ciertos comedimientos a fin de evitar al Gobierno de México ciertas situaciones embarazosas por palabras que un extranjero pronuncie desde una tribuna mexicana con relación a otro Gobierno cualquiera que mantenga relaciones diplomáticas con el de México.

Como estoy pensando que, forzosa e ineludiblemente, habrán de salir de mis labios algunas frases duras, deseo formular una aclaración previa que me sirva para conquistar dentro de mí mismo cierta libertad de expresión, es decir, que me sirva para no considerarme coaccionado. No hace más de tres horas he recibido de La Habana el último editorial de la revista "Bohemia", en el cual se recoge y rechaza una protesta que ha formulado ante el Gobierno de Cuba el representante diplomático del general Franco, señor Logendio, porque la citada revista había expuesto determinados juicios acerca de la situación política y social en España. Pudiera ocurrir que al representante dominicano en México, pretendiera protestar contra mi discurso, y de ahí mi advertencia previa.

Voy a ocuparme de Rafael Leónidas Trujillo, quien no es el Estado de Santo Domingo, no es la República Dominicana, ni oficialmente el jefe de ella. Luis XIV, el Rey Sol, tuvo la arrogancia, no distante de la verdad, de declarar "el Estado soy yo". Trujillo puede decir muchísimo más que Luis XIV (Risas). Trujillo puede decir "el propietario de la República Dominicana soy yo". Ahora bien —esta es mi treta—, Rafael Leónidas Trujillo no es en la actualidad el Presidente de la República Dominicana, sino su hermano Héctor, y, por lo tanto, puedo decir con libertad absoluta una serie de verdades contra Rafael Leónidas Trujillo.

Soy hombre que gusta, en los últimos años de la vida, entretenerse con un juego que consiste en buscar el sentido etimológico de las palabras. Y me encuentro, por cuanto respeta a Rafael Leónidas Trujillo que es, por título oficial el **Benefactor** de la República Dominicana. La palabra **benefactor** —me vais a dispensar esta pequeña digresión— constituye un arcaísmo. Hoy, en vez de **benefactor** decimos **bienhechor**. Pero el general Rafael Leónidas Trujillo no es el bienhechor sino el más grande malhechor que haya podido conocer la República Dominicana y todo el Continente.

No estará demás diseñar algunos trazos biográficos de este monstruo amantado por los Estados Unidos. Empieza a hacer su carrera militar y política

enrolándose en las tropas norteamericanas que ocuparon la isla de Santo Domingo. Y es a cuenta de esta iniciación antipatriótica de subordinarse a un ejército invasor como empieza la carrera monstruosa de un hombre para el cual todos los calificativos denigrantes que yo pudiera emplear resultan débiles. Merced a esa iniciación llegó a ser, cual lo es hoy, dueño omnímodo de la República Dominicana.

Quiero trazar —se irán reflejando en mis palabras— unas líneas que marquen el paralelismo de Rafael Leónidas Trujillo con Francisco Franco. En rigor de verdad, es posible que Rafael Leónidas Trujillo gane todavía el campeonato de la crueldad a Francisco Franco, cosa un poco difícil. Pero además, están entretegados ambos cuates (risas) a las mismas payasadas. Pagan en grandes periódicos norteamericanos suplementos, páginas enteras, con loas, con retratos, galardonados, con toda clase de énfasis elogiosas para sus respectivas personas, y hacen, incluso con sus hijos que nacen ya deshonrados por ser hijos, las distinciones más disparatadas. Una de ellas, curiosa y graciosa, es que al segundo nieto de Franco le hayan cambiado el orden de los apellidos para que se llame también Francisco Franco, pues en vez de llevar primeramente el apellido de su padre lleva el de su madre.

El general Rafael Leónidas Trujillo hace respecto de su descendencia cosas igualmente pintorescas. A su hijo, llamado Rafael, o "Ramfis", según allí le llaman, a los tres años, en virtud de un decreto firmado por su padre, se le nombra coronel atendiendo —reza el decreto— a sus méritos (Risas). Los méritos de un niño de tres años, aunque sea hijo de un dictador, suelen reducirse a ensuciar los calzones. A los nueve años, este coronel del ejército desde los tres años asciende a general.

Su padre, ha acumulado todos los honores y todos los títulos imaginables. Sabéis que el lema obligado en las placas de los automóviles y en las de edificios oficiales y particulares es "Dios y Trujillo", no habiéndose atrevido, aunque quizá se lo hubieran permitido eclesiásticamente, invertir el orden de los nombres diciendo "Trujillo y Dios". Además de títulos casi celestiales, absorbe todos los negocios y es el dueño efectivo de la República Dominicana.

Es de su avaricia tal vez no nos interese de momento por atraernos más marcar algunos hechos de su historia, de los cuales podemos colegir su degeneración. Se trata de un hombre a quien estadísticas que se reputan moderadas atribuyen el asesinato de tres mil dominicanos —compatriotas suyos— en los quince primeros años de ejercicio en la jefatura del Poder; un hombre que el año 1937, cuando se produjo una gran crisis azucarera, teniendo dentro del territorio dominicano a doscientos mil haitianos sin ocupación, buscó al problema la solución que sólo un monstruo puede idear: asesinar a aquella gente. Y cuentan las crónicas que en el plazo de treinta y seis horas, a golpes de bayoneta y a cuchilladas, fueron asesinados más de veinte mil haitianos a quienes era imposible dar trabajo, y que no podían volver a su país, fronterizo de Santo Domingo. ¿Cómo extrañarnos que este hombre, que cometió dentro de su recinto patrio tamañas barbaridades, se haya dedicado, cual está dedicándose, a una exportación de asesinatos para cazar fuera de su patria a gente no adicta? Porque el hecho de Galindez no es nuevo. En la misma Nueva York y en La Habana, ha habido desapariciones análogas a la de Galindez y se han cometido asesinatos a cargo de criminales que dependían de Rafael Leónidas Trujillo.

El problema, señores y amigos, es terrible para conciencias liberales, para conciencias democráticas como las nuestras. Los antecedentes de ese hombre son los que, a grandes rasgos, fragmentariamente, acabo de exponer. La Asamblea General de las Naciones Unidas, el año 1948, proclamó con mucha solemnidad la titulada Declaración Universal de Derechos Humanos, en la que, naturalmente, constituye base fundamental de sus principios el respeto a la vida humana. Pues bien, cuatro años después, en 1952, Rafael Leónidas Trujillo es admitido como representante de la República Dominicana en la Asamblea General de las Naciones Unidas. No hay un cordón moral que corte esta lepra, como la llama, con justa acepción, el amigo Alejandro Carrillo, ni hay tampoco quien ponga en cuarentena, como él ha sugerido, a esta clase de personajes —bestias que ya van inundando el mundo.

He conocido a Galíndez. Estuve con él la última vez en Nueva York, almorzando juntos, exactamente el 10 de septiembre de 1955. Me habló de "La Era de Trujillo", libro que le ha costado la vida. No me voy a dedicar aquí a loar los méritos intelectuales de Galíndez. En toda clase de martirios hay una aureola mítica que no se debe desvanecer, que no hay por qué borrar. A mí no me interesa el intelectual sino el hombre. Y me interesa, naturalmente, la forma en que ese hombre, por sus ideas, ha sido eliminado.

En otros casos, cuando se trata de rendir homenaje a un muerto o a una legión de muertos —esto se puso de moda a raíz del armisticio de la primera Guerra Mundial, en 1918—, suele guardarse un minuto de silencio. En casos como el de Galíndez, ¡no! En estos casos, aunque el silencio concentre el pensamiento y el pensamiento en los creyentes se convierta en oración callada y en los no creyentes constituya reverencia a la persona o a la multitud recordada, en estos casos no se debe guardar silencio. El minuto de silencio debe ser reemplazado por una hora de alaridos, de gritos indignados, de protestas ardorosas como las que con gran elocuencia ha proferido el licenciado Alejandro Carrillo.

¡Nada de silencio! Venimos a gritar, a gritar fuerte. Y pecaríamos de cobardes si estos gritos, estos alaridos los dirigiéramos de manera exclusiva hacia el autor o autores intelectuales y materiales del tremendo crimen que representa la aniquilación física de Jesús de Galíndez. Mi reprobación, además de a los autores, abarca también a cómplices y encubridores.

Las reflexiones que sobre este particular ha hecho José Luis de Irisarri han sido vibrantes. Las suscribo. No tengo por qué apuntar atenuaciones que las hagan perder fuerza.

Como acabo de decir, conocí a Jesús de Galíndez. Puedo responder de su honradez, de la limpieza de su alma y de la devoción a sus ideas, que no eran las mías. Un hombre incapaz de toda mala acción, ha sido eliminado. ¿Por quién? Sobre ello, a estas horas, no cabe ninguna duda. No la hubo desde el primer momento, pero el misterio se ha desvanecido ya totalmente.

¿Cuándo se ha desvanecido el misterio? ¡Ah! Cuando sucumbió en Ciudad Trujillo un súbdito norteamericano, coautor en el secuestro de Galíndez. Me explico que el Gobierno de una nación tenga preferencias defensivas para los ciudadanos de ella, para sus súbditos y, por lo tanto, me explico la reclamación diplomática que ahora se tramita entre el Departamento de Estado, de Washington, y la cancillería dominicana a cuenta de la desaparición del aviador Murphy, norteamericano. Pero, ¿por qué desapareció Murphy? ¿Por qué ha sido elimi-

nado? ¿Por qué ha sido asesinado? Pues porque a cuenta de indiscreciones suyas iba cundiendo la voz de que él había pilotado el avión en que se transportó hasta el aeropuerto de Montecristo, en la isla dominicana, no sé si el cuerpo anestesiado o el cadáver de Jesús de Galíndez.

Está bien esa reclamación, pero no se basa más que en un eslabón de la cadena de sucesos sangrientos. Murphy es asesinado en Santo Domingo para que no se descubra, a través de indiscretas palabras suyas, que él fué quien transportara, bien el cadáver o bien el cuerpo anestesiado de Jesús de Galíndez, desde un aeródromo cercano a Nueva York a territorio del feudo trujillano.

¿Acaso para el Gobierno de Washington no representa nada la eliminación de Galíndez, que no es súbdito norteamericano, pero que vive en suelo de Norteamérica y se cree amparado por la bandera de esa poderosísima nación que se proclama rectora del mundo libre, nación para la cual Galíndez, por no ser norteamericano, no merece una pizca de atención? Eso es algo que normalmente no se puede admitir.

La revista "Life" ha publicado una información sensacional sobre la desaparición de Jesús de Galíndez. Hay algunos detalles, todavía misteriosos, no revelados, pero el relato fundamental está hecho públicamente.

Mi olfato periodístico me revela que esa información no se debe a los reporteros de "Life", sino a la policía norteamericana. (Muy bien. Aplausos). "Life" sólo le ha dado la resonancia de su vasta difusión.

Aquella pasividad de los primeros momentos bajo pretexto de si la investigación correspondía a la policía local de Nueva York o a la policía federal, lo que determinaba que ninguna hiciese nada, no era tolerable. Hoy, todo está completamente despejado, resultando inútil aquella competencia, o incompetencia, de jurisdicciones policíacas que, dada la naturaleza y significación del suceso, la hacían más lamentable y bufa. Ahora se sabe que el aviador norteamericano Murphy, en aeropuerto muy próximo a Nueva York, recoge a un hombre llevado allí en una ambulancia; que lo mete en su avión previamente alquilado; que en el avión lo lleva al aeropuerto isleño de Montecristo desde donde un aviador dominicano —también asesinado, aunque se haya querido fingir su suicidio—, lo conduce a Ciudad Trujillo.

Pero la raíz de todos estos sucesos está en Nueva York, está en el secuestro de Galíndez y sobre tal particular la actuación del Gobierno, de Washington es nula. Hay, actualmente, una información lanzada a la publicidad de las investigaciones primeras de la policía—, pero acerca de la cual en Washington no se quiere reclamar ni protestar.

En Uruguay, pueblo fundamentalmente democrata y extraordinariamente sensible por cuanto afecta al respeto a la vida humana, el Gobierno ha aerodado unánimemente, al cumplirse el primer aniversario de la desaparición de Galíndez, plantear oficialmente el asunto, por medio de su representación, en las Naciones Unidas. ¿Qué irá a decir el Gobierno norteamericano cuando la representación uruguaya plantee el asunto ante la ONU?

Los Estados Unidos de América amparan, naturalmente, a todos sus súbditos con un vigor, con una fuerza, que no tienen naciones carentes de potencia igual. Se sentirá su presión sobre el Gobierno dominicano, exclusivamente limitada al asesinato de Murphy. Pero, ¿van a justificar los Estados Unidos que no han hecho nada, que no quieren hacer nada en la averiguación de un crimen

que se comete en el corazón de Nueva York y cuya comisión es ahora conocida detallada y públicamente? He ahí una piedra de toque.

Tampoco yo soy antinorteamericano. Al criticar al Gobierno de Washington hago una distinción que justamente ha hecho Alejandro Carrillo; separo de todos estos turbios manejos a la masa popular norteamericana. Mas esa nación se presenta ante la totalidad del llamado mundo libre como la gestora, la directora, la coordinadora de cuantas naciones lo componen.

Luego hablaremos, porque no quisiera que se me escapara la idea, de una iniciativa que aquí ha lanzado Alejandro Carrillo.

Reconozco, como Alejandro Carrillo, la capacidad de los pueblos de toda América para regirse democráticamente, y reconozco, asimismo, que la frustración de estos regímenes sinceramente democráticos, es consecuencia de las presiones de grandes consorcios y grandes empresas, generalmente norteamericanas. Separo a/ pueblo norteamericano de toda turbiedad.

Jesús de Galíndez ha sido asesinado, o se ha hecho desaparecer su cuerpo después de muerto, en la misma capital de la República Dominicana. En los alrededores de aquella ciudad hay un gran matadero, cerca de un acantilado donde rompe bravamente el mar. Los desperdicios del matadero se vierten al mar, por lo cual, aquel paraje está plagado de tiburones que buscan alimento en tales despojos. Algunas veces, no algunas, muchas veces, el general Rafael Leónidas Trujillo, ha prodigado a esos tiburones la golosina —llamémosla así— de carne humana, echando también al mar, haciéndolos rodar por el acantilado, a sus enemigos políticos. Por ahí rodó, según todos los indicios Murphy. Por ahí, seguramente, rodó también el cadáver de Jesús de Galíndez. No hay posibilidad, querido Irisarri, de que el cuerpo de Galíndez vaya a reposar en la tierra de Amurrio, en aquel valle estrecho que tiene como cierre la Peña Orduña, coronada por la gigantesca imagen de la Virgen de la Antigua, peña que es peldaño por donde el País Vasco asciende a la planicie castellana. No hay posibilidad. Los restos mortales de Jesús de Galíndez, su carne y sus huesos, han sido seguramente devorados y roídos por los tiburones.

Quizá el general Franco lamenta no disponer de tiburones en el Manzanares. Por eso tiene que matar a nuestros hombres en pleno centro de Madrid, en la Puerta del Sol, en la Dirección General de Seguridad, antiguo Ministerio de la Gobernación, donde, pateado bestialmente por agentes franquistas, reventó, hace poco tiempo, mi correligionario Tomás Centeno. Pero estas muertes dejan rastro. Así, al ser conducido el cadáver de Tomás Centeno al cementerio, una patrulla de agentes secretos rodeó el féretro para no consentir que se abriera y que la familia pudiera despedirse del ser querido. No lo consintió porque el cuerpo magullado de la víctima delataba la bestialidad con que se le había dado muerte en el mismo corazón de Madrid.

Por eso digo que quizá el general Franco lamenta que no haya en el Manzanares tiburones a los cuales arrojar los cadáveres de sus enemigos políticos.

La desaparición de Galíndez es ya un hecho claro, clarísimo. No hay en el relato publicado más que una laguna, la del instante en que nuestro pobre amigo es secuestrado, por lo visto, en uno de los trenes del ferrocarril subterráneo de Nueva York. Se le aplica una inyección para enervarle y los hombres que cometen esta felonía, tal vez fingiéndose agentes de la policía, llaman a una ambulancia que recoge al inconsciente, ambulancia en la cual se le lleva al aeropuerto

donde el aviador Murphy lo mete en su avión y lo transporta a la República Dominicana. Ese es el hecho. Sobre ese hecho si la reclamación diplomática es sincera y está inspirada en afanes de justicia, no se puede saltar. No se puede prescindir del suceso originario —el secuestro y asesinato de Galíndez— para dejar reducida la reclamación al asesinato del aviador norteamericano que condujo a Santo Domingo el cadáver o el cuerpo anestesiado de Galíndez. Omisiones de esta naturaleza no pueden menos de rebajar la calidad moral del Gobierno norteamericano que quiere erigirse en líder de todas las potencias del mundo libre.

Aunque la frase haya tenido éxito, no creo en eso de la "cortina de hierro". No creo en una línea recta que, separe a tiranías y pueblos libres. Hay una línea que no es recta, sino zigzagueante y quebrada, que penetra en unos y otros Continentes. Una línea recta que separe el mundo, lo separará geográficamente, pero, ideológicamente, no.

¿Es que repúblicas como la dominicana son pueblos libres? ¿Es que otras naciones de América como las citadas en su elocuente intervención por Alejandro Carrillo, son pueblos libres? No. Esa línea divisoria entre la libertad, que es la dignidad del hombre, y la tiranía, que es su oprobio, va corriendo zigzagueante por todos los Continentes y va inyectando la lepra en pueblos dignos de mejor suerte y capaces de regirse por sí mismos. El más grave problema del llamado mundo libre es que carece de dirección.

Creo en la capacidad del pueblo norteamericano y creo en la capacidad de todos los pueblos de este Continente para regirse por sí mismos. Creo también en la honradez democrática de sus masas populares, pero declaro la incapacidad moral e intelectual del Gobierno norteamericano para dirigir al mundo libre. (Fuerzas aplausos).

Por eso dije antes, que suscribo todas las distinciones, hechas con sapiencia y dichas con elocuencia por Alejandro Carrillo, en cuanto a las vicisitudes históricas, ciertamente lamentables en estos instantes, del llamado Nuevo Mundo, del Continente americano.

Voy a transmitirles una sospecha, una sospecha que mi convencimiento transforma en evidencia. En la entrevista que han celebrado en las islas Bermudas el Presidente Eisenhower y el primer ministro de la Gran Bretaña, Mr. McMillan, es para mí indudable que se ha obtenido la aquiescencia del Gobierno inglés para el ingreso de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Es mi convicción profunda que se ha hecho esa concesión. Para dar un vigor que no recuerdo haya tenido nunca ninguna solicitud internacional de ese orden por parte de los Estados Unidos, se han fundido el Poder ejecutivo y el Poder legislativo de dicha gran nación en la demanda de tan bochornoso ingreso. Las dos Cámaras que constituyen el Congreso norteamericano han votado, por unanimidad, la resolución de que se incite al ingreso de España en la Organización del Tratado del Atlántico Septentrional. Ahora bien, en la Organización susodicha no puede ingresar un país si no es por acuerdo unánime de todos cuantos le constituyen.

Es una nueva prueba a que se va a someter a la democracia europea, sin fuerzas para desprenderse del avasallamiento económico y político de los Estados Unidos. Hay un factor de orden personal que es el siguiente. El ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica, Paul Henri Spaak, socialista, correligionario nuestro y verdadero autor del Tratado, porque fué su redactor principal, se opuso siempre al ingreso de la España franquista en dicha Organización y, además, perfiló las cláusulas de ésta en forma que resultara imposible el referido ingre-

so. Pues bien, Spaak cesa en la cartera de Relaciones Exteriores, por haber sido designado secretario de la OTAS, donde tendrá voz, pero no voto.

El Gobierno belga cuenta con una representación socialista y está presidido por un socialista. Abrigo grandes esperanzas en la actitud digna del Partido Socialista Belga y confío en que sus representantes ministeriales hagan vetar la entrada de Franco en la OTAS, pero, naturalmente, no puedo desconocer la inmensidad coactiva de los Estados Unidos sobre el Gobierno belga y sobre todos los Gobiernos de Europa occidental.

Es posible que otra vez a nosotros —hablo como socialista— se nos desgare el alma viendo que Gobiernos europeos, y son varios, en que hay representación socialista, se allanen al mandato imperioso que significa lo que ha acordado el Parlamento norteamericano en virtud de una iniciativa del Poder ejecutivo. Trátase de una crisis tremenda que nos va despedazando a todos, pues nos deja sin fuerzas morales, salvo en este islote ideal, que es México, donde podemos... (Aplausos clamorosos que impiden oír el final del párrafo). ¡Ah!, pero temo mucho lo que pueda ser fruto de la corrupción procedente de las más altas esferas norteamericanas, corrupción que no sólo está corrompiendo este Continente, sino, además, minando la moral de Europa, dejando a muchos socialistas europeos, sin vigor para oponerse a realidad tan sucia. Una nueva sumisión no constituirá para nosotros una sorpresa, pero sí un lacerante dolor que añadir a otros dolores.

Los españoles expatriados nos nutrimos de optimismos engarzados como esas cadenas de papel de colores de las verbenas, en los que siempre nos anima el color de la esperanza. Pero la realidad viene siendo muy distinta a nuestros optimismos. La realidad puede ser que el ingreso de la España franquista en la OTAS constituya un acto asegurador de Franco en el Poder, acto mucho más eficaz que su ingreso en las Naciones Unidas.

Voy a decirlos por qué: una vez que España —y perdonará el amigo Irisarri que me desvíe del tema de esta velada— esté dentro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, Franco tendrá, probablemente, manera de dar salida a su ejército ocioso de Marruecos. Pedirá que tropas suyas vayan —y los Estados Unidos defenderán esta aspiración— a ocupar sitios en el corazón de Europa, uniéndose a las fuerzas francesas, norteamericanas y británicas que allí constituyen lo que pudiéramos llamar el cordón de seguridad contra la eventualidad de una invasión rusa. En ese caso, uno de los problemas más espinosos que tiene actualmente el general Franco, la ociosidad de un ejército que en Marruecos carece de función propia, será resuelto llevando a ese ejército, con gran esplendor, en forma de División Azul, o de otro color, al centro de Europa para alternar con tropas de las grandes potencias aliadas del mundo libre.

Eso revestiría una significación moral y material extraordinaria. Como todos los grandes han perdido la vergüenza, acaso debamos acudir, por si allí se ha confinado la dignidad, a la pequeña Islandia, diciéndole: "Mira, tú puedes oponerte al apetecido ingreso de la España franquista en la OTAS. Aunque seas un país pequeño, reducido, insignificante, tú solo puedes evitar lo que para todo el mundo constituirá un baldón muy difícil de borrar".

¡Tantas ilusiones se han ido desvaneciendo!. Una de ellas era últimamente la de que de un día para otro Franco, voluntariamente, desaparecería del Poder. Habéis visto las declaraciones que hizo ayer. Confirman su actitud de no abandonarlo. ¡Si ningún dictador puede abandonarlo voluntariamente! ¡Si esto es absoluta-

**Página 22**

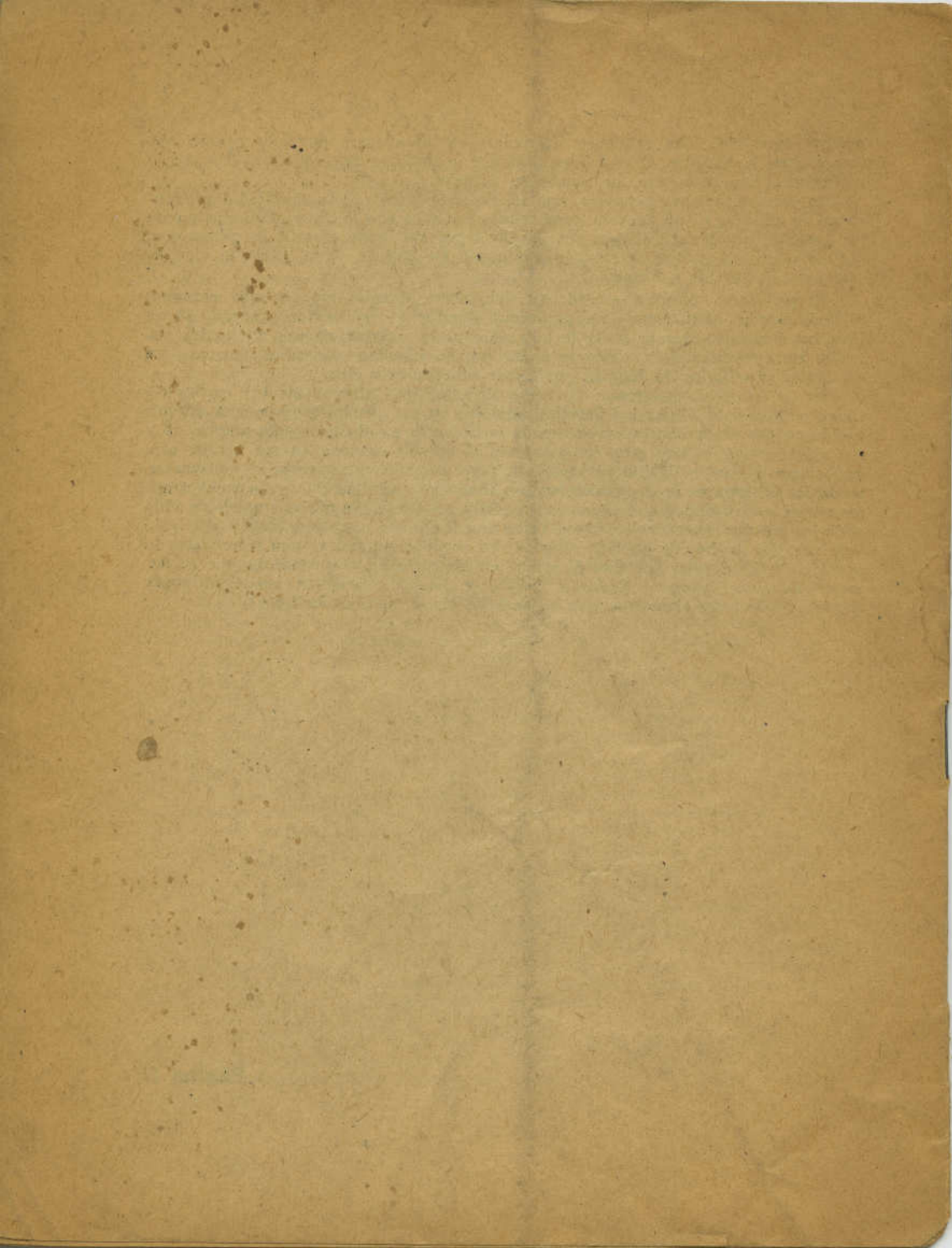
mente imposible! Los crímenes, latrocinios y desafueros de todo género que constituyen la historia de cualquier dictador le impiden dejar el Gobierno voluntariamente. Son su coraza, su escudo, su defensa.

En semejantes circunstancias, irse del Gobierno equivaldría al suicidio, y Franco no se suicida. ¡Hay fuerzas para echarle! ¡Claro que las hay! Principalmente las fuerzas del ejército si éste conservara aquel ferviente amor a la patria que, inclusive en sus graves errores, le distinguió en España. Pero, también el ejército parece sometido a Franco.

El panorama nuestro —perdonad que, como siempre, yo no sepa contener ni disimular mi pesimismo—, el panorama nuestro lo veo bastante negro. Ahora bien, no debemos abandonar la lucha, como decía elocuentemente Alejandro Carrillo. En cualquier sitio donde se luche por la libertad estaremos nosotros, los españoles expulsados de España por haber sido fieles a ella.

Vi un esbozo de programa de lucha democrática intercontinental en las últimas palabras de Alejandro Carrillo, aquellas en las que bosquejaba una organización en pro de la libertad y en pro de la decencia en el Continente americano y no reduciéndola a éste sino ampliándola al mundo entero. No me arrego ninguna representación. Hablo sólo por mí, pero creyendo interpretar el pensamiento de los centenares de españoles congregados aquí (aprobación) y de muchos míos no presentes. Sabed que estamos dispuestos a entregar lo que nos quede de vida o de sangre por esos ideales. Hace falta una dirección conjunta. Tenéis los hombres, aunque no hayáis querido citarlos. Yo os digo, por mí y creo interpretar la opinión de los demás, que una dirección encomendada a tres hombres que se llaman: Rómulo Gallegos, Eduardo Santos y Lázaro Cárdenas puede guiarnos. puede... (Ovoción clamorosa que no permite oír el final de la frase).

**Página 23**



# ACTO HOMENAJE

Por  
don José L. de Irisarri  
A  
Delegación de Euzkadi en México.  
Acción Nacionalista Vasca—Confederación

## JESUS de GALINDEZ

Celebrado en la Sala Chopin,  
el día 1.º de abril.

Editado por la Delegación

del

Gobierno de Euzkadi.

Podríamos decir de Jesús de Galindez que su bandera era la esperanza, nuestra propia esperanza. Esa esperanza que el mundo no ha podido separar de nuestros corazones y que nos mantiene fuertes y firmes en la defensa de nuestros principios y en la exaltación de nuestros

México, D. F., abril de 1957.

Este Acto fué patrocinado por las siguientes organizaciones:

Delegación de Euzkadi en México.

Acción Nacionalista Vasca.—Confederación Nacional del Trabajo.—Grupo Socialista Vasco.—Izquierda Republicana de Euzkadi.—Partido Nacionalista Vasco.—Solidaridad de Trabajadores Vascos.—Unión Republicana de Euzkadi.

Confederación Nacional del Trabajo de España.—Ezquierda Republicana de Catalunya.—Partido Federal.—Partido Socialista Obrero Español.—Unión General de Trabajadores de España.—Unión Republicana de España.

Editado por la Delegación

del

Gobierno de Euzkadi.

México, D. F., abril de 1957.

## DISCURSO PRONUNCIADO Por don José Luis de Irisarri

Señores representantes de las Instituciones republicanas,  
Ilustres y muy queridos amigos mexicanos,  
Señores presidentes de organizaciones y partidos,  
Señoras y señores:

Ha sido voluntad del Señor Presidente de Euzkadi, don José Antonio de Aguirre, al aceptar la dimisión presentada por mí hace dieciocho meses, que mi último acto oficial como Delegado del Gobierno Vasco en México coincida con mi deseo de tomar parte en un acto de homenaje y de recuerdo a Jesús de Galíndez.

Nuestro Presidente ha querido de ésta manera brindarme la oportunidad de que mi despedida tenga para mí el grato sabor de poder cumplir una vez más con mi deber, horas antes de entregar la dirección de la Delegación Vasca en México en manos más eficaces que las mías y que representan para el Gobierno Vasco la garantía de una gestión afortunada.

Hago, pues público mi agradecimiento al señor Presidente de Euzkadi, al mismo tiempo que expreso mi reconocimiento a los organizadores de éste acto por haber hecho posible, al aceptarme en su tribuna, que mi deseo y el de nuestro Presidente se vean cumplidos.

Gracias a todos. Y gracias también a los vascos demócratas de México. Lo mismo a quienes me honraron con su colaboración, que a quienes me estimularon con sus críticas, casi siempre constructivas y eficaces.

Gracias también a todos los dirigentes de los partidos políticos españoles por su lealtad y por su gentileza para conmigo y gracias a los representantes de las Instituciones Republicanas que en tantas y tantas ocasiones supieron convertir en grata mi misión. Gracias, muchas gracias a todos. Y entremos en tema.

Y vamos a entrar en tema con la responsabilidad del cargo que todavía por unas horas más ostento, y que forzosamente habría de imponerme limitaciones de forma y de fondo si no contara con la libertad de saberme libre de él para poder dar de esta manera cauce normal y sin trabas a mi pensamiento.

Hace poco más de un año, precisamente el 12 de Marzo de 1956, desaparece de la escena de la vida un amigo nuestro, el Delegado del Gobierno Vasco en los Estados Unidos de Norteamérica y profesor de la Universidad de Columbia en Nueva York, Jesús de Galíndez. Y de él podríamos decir lo mismo que de todos y cada uno de los movimientos democráticos representados aquí ésta noche y que han tenido la gentileza de haber cursado las invitaciones para éste acto que estamos celebrando en su recuerdo, en su honor y en su homenaje.

Podríamos decir de Jesús de Galíndez que su bandera era la esperanza, nuestra propia esperanza. Esa esperanza que el mundo no ha podido separar de nuestros corazones y que nos mantiene fuertes y firmes en la defensa de nuestros principios y en la exaltación de nuestros ideales.

Esperar, esperar, esperar siempre. Como si nuestra esperanza no fuera digna, como si nuestros anhelos no fueran justos, como si los derechos del hombre no hubieran sido dictados también para nosotros, como si fuéramos parias, o eunucos, o vulgares delincuentes.

Esperar, esperar, esperar siempre. Esperar casi sin esperanza. Esperar con miedo, con mucho miedo. Con miedo a las defecaciones de quienes en un día depositamos nuestra fé y nuestra confianza. Con miedo a las traiciones. Con miedo a las razones de Estado. Con miedo a la negligencia y al abandono de quienes creíamos que pensaban como nosotros.

Esperar, esperar siempre. Así esperamos nosotros y así esperaba Jesús de Galíndez. Y esperaba porque sabía que era necesario esperar, aunque la esperanza no llegara nunca a convertirse en realidad, aunque se viera siempre frustrada. Que él sabía como sabemos nosotros que la esperanza en sí constituye la dicha, y la razón del ser y de la vida, aunque nunca llegue, aunque siempre fracase, que sus fracasos y sus desilusiones son siempre menos horribles que la pérdida de la fé. La falta de fé y la falta de esperanza sólo sirve para infundir valor a los cobardes y a los asesinos.

Pues bien, señores. Con esa esperanza en el alma, Jesús de Galíndez fué visto por última vez en el escenario de la vida, la noche del día 12 de Marzo de 1956. Hace más de un año. Plazo éste más que suficiente para que podamos preguntar si ha sido la negligencia o la incapacidad de la policía norteamericana la causa determinante de que todavía hoy sigan sin ser descubiertos oficialmente sus asesinos, o existen causas y motivos de tipo inconfesable que han impedido que una de las mejores policías del mundo haya fracasado ante la opinión pública internacional dejando incontestada la sorpresa producida por el secuestro en la conciencia de las personas honradas y decentes del mundo entero. (Muy bien)

Y algo sabemos los vascos de éstas cosas, porque no es la primera vez que una razón de Estado ha permitido que con nosotros se cometa una injusticia. Pero no es mi intención el hacer historia. La historia está hecha ya, y la conciencia de los vascos está serena y tranquila, esperando, siempre esperando, que un día la historia nos juzgue a todos. Ese día la historia será implacable con quienes por razones de Estado han permitido unas veces el latrocinio, otras la injusticia y algunas veces el deshonor del propio Estado en cuyo nombre se da paso a la iniquidad y a la falta de vergüenza. (Aplausos). No, no es mi intención el acusar a los Estados Unidos de Norteamérica de tamaña responsabilidad, pero me asiste el derecho y tengo la obligación de recoger la voz de nuestro pueblo que se pregunta si los Estados Unidos de Norteamérica han dado todos, absolutamente todos los pasos necesarios, para poder lograr el total esclarecimiento de los hechos y poder señalar a los autores materiales y morales del secuestro y del probable asesinato.

Porque no le basta a nuestro pueblo que la opinión pública internacional señale al trujillismo como responsable, ni le basta que plumas honradas de periodistas honrados mantengan el "yo acusó" contra el régimen trujillista, ni basta que sea el propio trujillismo el que se acuse a sí mismo al inventar y propalar la más vergonzosa cadena de calumnias contra el honor de Jesús de Galíndez. No, no basta todo eso. Nuestro pueblo no se conforma con eso. Nuestro pueblo que-

re, necesita, exige algo más. Porque no es la vida de Jesús de Galíndez la que está en juego, que en la lucha por la libertad son muchos los que caen víctimas de los tiranos. Es el honor de Jesús de Galíndez. Es el honor de nuestro pueblo. Es el honor de las conciencias honestas del mundo entero. Y es también, ¿por qué no decirlo?, el propio honor de los Estados Unidos de Norteamérica el que está sufriendo un descabro en la mesa redonda de la opinión pública internacional. (Aplausos).

Y me van a permitir, señoras y señores, que abra un pequeño paréntesis en mi discurso. He hablado de plumas honradas de periodistas honrados. Pues bien, señores de pie y con vuestro aplauso rindamos el tributo de nuestra admiración y el tributo de nuestro agradecimiento a un caballero de la pluma. En esta tribuna se encuentra "Pedro Gringoire". (Los asistentes puestos de pie tributan una cariñosa y larga ovación a "Pedro Gringoire" quien visiblemente emocionado la agradece).

Yo lo sé y me consta que la policía norteamericana ha realizado grandes trabajos y grandes esfuerzos para lograr el esclarecimiento del "caso Galíndez". En su honor lo digo y sería injusto que no lo proclamara. No somos los vascos amigos de ocultamientos con fines sospechosos. La lealtad y la verdad han sido nuestras banderas y en seguir siendo fieles a ellas estriba nuestra moral y nuestro orgullo. Pero nuestro pueblo que conoce por nosotros la actitud digna de la policía norteamericana se pregunta si en esa cadena de esfuerzos no falta el eslabón que convierte en estéril sus trabajos por andar perdido en alguno de los recobocos del F.B.I. o del Departamento de Estado Norteamericano. (Grandes aplausos).

Nuestro pueblo es muy simple. Tiene la simpleza de las mujeres vírgenes o la de las mujeres honradas. Y ciertas cosas de la política internacional, que él no comprende, le suenan a lenocinio o a prostíbulo.

Nuestro pueblo no comprende, sin duda por su simpleza, que un día Francia nos arrebató, para entregar a Franco, el edificio propiedad de nuestro Gobierno y adquirido con el dinero donado por los vascos de América, aduciendo una determinada "razón de Estado". (Aplausos).

Nuestro pueblo no comprende, sin duda por su simpleza, que otro día para defender la libertad y la democracia, se pacte con Franco, la más auténtica negación de la democracia y de la libertad. (Aplausos).

Nuestro pueblo no comprende, sin duda por su simpleza, que más tarde la Unión soviética, inicie sus comadreo con el General Franco, y sea ella, precisamente ella, la que proponga su ingreso en las Naciones Unidas. (Aplausos).

Nuestro pueblo no comprende, sin duda por su simpleza, que para defender la libertad de América, se dé la mano a sus tiranuelos en la más flagrante prostitución de la vergüenza y de la dignidad. (Aplausos).

Nuestro pueblo no comprende muchas cosas. Y son tantas las cosas que nuestro pueblo no comprende, que por eso nuestro pueblo indaga, pregunta, mendiga la verdad. Esa verdad que en el "caso Galíndez" tiene el Gobierno Vasco que silenciar, que sus Delegaciones en América no pueden señalar, pero que la opinión pública de la libre América ha denunciado con valor, sancionándola con su fallo, y sentando en el banquillo a los acusados a quienes teniendo como arma política el asesinato, merecen el desprecio de todas las gentes honradas de la Humanidad. (Grandes aplausos).

Jesús de Galindez, ateo. Jesús de Galindez, comunista. Jesús de Galindez, chantaquista. Jesús de Galindez, ladrón de medio millón de dólares al Gobierno Vasco. Jesús de Galindez, autor apócrifo de la "Era de Trujillo". Jesús de Galindez, asesino de once Obispos y Arzobispos españoles. Jesús de Galindez, al servicio de los rusos matando húngaros en las calles de Budapest. Jesús de Galindez, hombre de costumbres inconfesales. (Risas).

Los vascos habíamos sospechado que nuestra capacidad de resistencia a la infamia y a la calumnia, se había agotado cuando fuimos acusados de haber sido los incendiarios y los asesinos de Gernika. Grave error el nuestro. Ignorábamos las sorpresas que la vida nos tenía todavía reservadas. Entre ellas, la de vernos obligados a aprender un nuevo oficio para poder responder a la infamia con la infamia y a la calumnia con la calumnia. Por eso, no les sorprenda a Uds. que yo haga uso de esta tribuna para lanzar públicamente la más extraordinaria y difamante calumnia que haya podido salir de boca humana: los hombres del régimen dominicano que han lanzado al mundo, a través de sus declaraciones, a través de las Agencias de Prensa y a través de sus servidores a sueldo, esa campaña contra el honor de Jesús de Galindez, son personas decentes. (Risas). Sí, son personas decentes. También nosotros sabemos calumniar. Aunque nuestra calumnia y nuestra infamia, coincida, como con Franco en España y ereando la misma confusión, con altas bendiciones de no menos altas Jerarquías de la Iglesia, que también proclaman la decencia de todos los tiranos con escapulario que avergüenzan al mundo y a la civilización. (Aplausos).

Con qué dolor, con qué tragedia en el alma, un hombre como yo se ve obligado a expresarse de esta manera. Pero es mi deber el hacerlo, porque han sido altas autoridades del Gobierno dominicano, quienes oficialmente han acusado a Galindez, a un católico vasco, de ser el asesino de once Obispos y Arzobispos españoles (sin que la alta Jerarquía de la Iglesia dominicana nada haya hecho por defender la verdad, guardando un silencio, terrible silencio, y de estos silencios de las Jerarquías, los vascos católicos podríamos hablar mucho, dando pábulo a que la calumnia se extienda y pueda confundir a personas crédulas y de buena fé. Y es que ciertas altas Jerarquías de la Iglesia Católica, lo mismo en Santo Domingo que en España, que no acostumbra a perder su tiempo en defender a una persona honrada, porque lo dedican todo a honrar a las que no lo son. (Grandes aplausos).

Yo soy católico, y soy católico practicante. También Jesús de Galindez lo era. De nuestro cuello, cuelga una medalla. Del de Jesús, colgaba. Es la medalla del Evangelio, la de la parábola del Buen Pastor, la del Sermón de la Montaña, la de Cristo Crucificado. Y esa medalla no es compatible con ciertos procedimientos y con ciertos servilismos que ciertas altas Jerarquías nos vienen ofreciendo, lo mismo en España que en Santo Domingo. (Aplausos).

Yo soy católico. Y no lo digo para dar una mayor fuerza a mis palabras, ya que, desgraciadamente, los campeones modernos de la catolicidad, con la complicidad de muchas altas Jerarquías, han logrado sembrar el confucionismo en el mundo hasta lograr que las gentes sencillas nos vean a los católicos, por el mero hecho de serlo, como cómplices de tiranos y tiranuelos. Yo soy católico. Jesús de Galindez era católico. Y si proclamamos con orgullo nuestro catolicismo, acostumbrados a ver a Franco alabado y bendecido por Obispos y Arzobispos,

y de ver a Trujillo, recibiendo la pleitesía y la adulación de los más altos representantes de la Iglesia Católica en Santo Domingo, es porque vemos que existe para el catolicismo un peligro más grave que el de ser perseguido por los dictadores, es el de ser protegido por ellos. Y las altas Jerarquías de la Iglesia han tomado el camino del error. (Muy bien, aplausos).

Qué grande responsabilidad ante la Historia. Qué daño irreparable para la Iglesia de Cristo. Qué grandes, qué inmensos, qué cristianos, esos centenares de Curas vascos que fueron perseguidos, encarcelados y hasta fusilados, también con el silencio de la alta Jerarquía, por defender a su pueblo calumniado, por defender al Evangelio y por defender a lo más puro y excelso de la doctrina cristiana. Llor a ellos. Y con nuestro respeto y nuestra veneración el más profundo reconocimiento de nuestra alma y la expresiva gratitud de nuestro corazón. (Aplausos).

Jesús de Galindez, fué una persona honrada. Porque si las cosas que de él se han dicho fueran ciertas, tened la seguridad de que Jesús de Galindez no hubiera sido asesinado. Jesús de Galindez viviría, y viviría bien y con grandes sueldos, estando al servicio de algún pícaro, de algún miserable o de algún tirano. No, no se asesina a los sinvergüenzas. A éstos se les aprovecha para crear pedestales a los hombres "providenciales". Se asesina a las personas honradas porque éstas se levantan contra la injusticia. Por eso fué asesinado Jesús de Galindez. Por honrado, por digno, por decente, por íntegro, por incorruptible y por leal. (Aplausos).

Fué el propio Presidente, don José Antonio de Aguirre, quien desafió a las autoridades dominicanas a que presentaran una prueba, una sola prueba, que sirviera para poder poner en duda la honorabilidad de Jesús de Galindez. El Presidente Aguirre sigue esperando esa prueba. El Gobierno Vasco sigue esperando esa prueba. Los vascos seguimos esperando esa prueba. Pero lo que los vascos no esperamos más, y a nuestra voz se unen millones de gargantas del mundo entero es para lanzar a la cara de los autores morales y materiales de esa campaña difamatoria contra Jesús de Galindez, el guante de nuestra indignación acusándoles de hombres sin honor. Hacemos nuestras las palabras de don José Antonio de Aguirre y las hacen suyas las gentes honradas del mundo entero: sobre los dirigentes de la política dominicana, autores morales y materiales de esa indecorosa campaña de una propaganda escandalosa sobre el buen nombre y el prestigio de Jesús de Galindez, ha caído el deshonor. (Aplausos).

Ha caído el deshonor, pero no ha acabado su capacidad para crear nuevos infundios. Ahora quieren resucitar a Jesús de Galindez. La torpeza quiere ser rectificadora. Se les fué la mano. Fueron demasiado lejos. Qué daño les está haciendo, muerto, Jesús de Galindez. Por eso hay que darle vida en Budapest matando patriotas húngaros. Por eso hay que situarlo, en un restaurante mexicano cenando con una dama. ¡Qué poca inteligencia! ¡Qué poca imaginación!. Si a Jesús de Galindez quieren tenerlo vivo, no tienen que ir muy lejos. Jesús de Galindez vive y vivirá eternamente en nuestro corazón. En el corazón de todos los hombres libres de América. En el corazón de todos los hombres decentes del mundo entero. Y lo vamos a tener que llevar en el corazón porque los vascos no vamos a poder cumplir son su deseo de ser enterrado en tierra vasca. Allá en Larrabeobe, en Amurrio, en la finca de su padre. Allá, entre aquellas montañas, lejos del mundo, entre aquel paisaje que él llevaba dentro del

alma...

Señoras y señores: Permitidme que transporte vuestra imaginación a la tierra donde cada uno de vosotros visteis la luz del día y transeurrieron los primeros años de vuestra niñez. Allí donde vuestra madre os enseñó en su regazo a balbucear las primeras palabras. Allí donde iniciasteis vuestros primeros juegos infantiles y comenzásteis a tener los primeros amigos. Pensad en ese pedazo de tierra y comprendereis por qué Jesús de Galindez dejó escrito que si algo le ocurría quería ser enterrado en Larrabeobe. En Larrabeobe. Venid conmigo y con vuestra imaginación a ese pequeño pedazo de nuestra tierra. Escuchad la extraña, y no por extraña menos sublime competencia, de los campanarios de las iglesias de los pueblos cercanos. Prestad atención a las alabanzas, que, a través de sus gorgojeos, elevan al cielo los pajarillos de múltiples plumajes. Ved en lo alto, casi besando la cumbre, donde se eleva mayestática una cruz, un rebaño de ovejas, impacientes en saborear las primicias de un rocío depositado por una mano generosa. Ved más abajo, a un riachuelito travieso que rompe la tierra, acariciándola, y dejando en el aire, para recreo del oído un susurro de dulce protesta que cautiva, y es que el río, que teme al océano no quiere morir, como ha muerto el alma de muchos hombres, en el océano de las grandes corrientes civilizadoras. Ved a lo lejos, que el sol comienza a dar color y vida, arrancando a girones los últimos restos de la noche que mató el alba, y anunciando al espíritu la inmensidad de lo bello y la plenitud de lo auténticamente maravilloso. Ved al caserío que se viste de blanco en amable contraste con los colores que lo rodean. Ved las cruces de un cementerio cercano que os habla, con énfasis de fatal advertencia, de la muerte y de la eternidad. Ved esa flor, la primera que encuentren los ojos, que os aliará con místico lenguaje del misterio de la vida. Ahí está Larrabeobe. Y en ese Larrabeobe, en ese encanto indefinible que vibra, que se agita, que poetiza, que se expresa en matices, en pensamientos y en ideas, está en estos momentos, ya que no su cuerpo, el espíritu de Jesús de Galindez. Y no temáis, amigos que me estáis escuchando y que habéis tenido la bondad de acompañarme en éste viaje imaginativo a Larrabeobe, que los vascos tratemos de empequeñecer el espíritu de Jesús de Galindez encerrándolo en Larrabeobe y entre nuestras montañas. No. Jesús de Galindez ha dejado de ser un símbolo de los vascos para convertirse en el símbolo de una humanidad adolorida, porque lo han hecho suyo todos los amantes de la libertad. Jesús de Galindez es de todos y esa tumba que nosotros no podremos erigir en Larrabeobe estará en todas partes, porque en todas partes del mundo su nombre será respetado y venerado. ¡Qué gran premio para Jesús de Galindez!. ¡Qué gran consuelo para sus amigos!. ¡Qué gran azote para sus verdugos!. ¡Qué vergüenza para sus calumniadores!. ¡Qué escarnio para los que tratan de ocultar la verdad!. ¡Qué gran lección para los débiles, para los estrategas de café, para los héroes de bolsillo, para los que claudican!. ¡Ah!, señores. Los años pasan y no pasan de balde. No es muy halagüeño nuestro balance. Son muchos los muertos, muchas las indiferencias, muchas las defecciones y hasta muchos también los traidores. Pero no olvidéis que si el tiempo pasa para nosotros, también pasa, y en qué forma, para nuestros enemigos.

Son palabras de Jesús de Galindez un día que visitábamos las cuevas de Cacahuamilpa. Nos adentramos mucho en ellas, sin más luz que las de unos

Jesús de Galindez...

pocos focos muy espaciados. Al regresar y comenzar a ver a lo lejos otra vez la claridad del día, Jesús de Galindez me dijo: "Mira, parece que es nuestra propia vida. Todo oscuro a nuestro derredor, sin embargo, allá a lo lejos nos está esperando la libertad".

Señoras y señores:

Tengamos fé y tengamos esperanza. Siquiera tan solo fuera porque en éste mundo de inmundicia política hay también una luz que nos alumbrá. Esa luz a la que quiero dedicar mis últimas palabras oficiales como Delegado en México del Gobierno Vasco. Esa luz que es nuestra propia vida porque la llevamos muy dentro de nuestro corazón. Esa luz se llama México. ¡Viva México!, señores. (Grandes y prolongados aplausos)

Esta noche cuando a unir mi voz que no tiene...  
de México para rendir tributo y homenaje a la luz y a la otra...  
un distinguido luchador por la causa de la libertad de España y de América...  
Jesús de Galindez...  
Hemos escuchado antes unos instantes algunas de las características y de las...  
virtudes cívicas que adornaron a este belicista incansable por sus ideas. Y hemos...  
de llegar después de escuchadas a la conclusión de que fue un día de la...  
una raza vasca un marcial espíritu y un hombre en la más cabal expresión del...  
éxito...  
Los hombres de nuestra época tuvieron que haberse en los momentos en...  
que España se convirtió con la invasión de los fascistas. No sólo exterior...  
de día que en función de la postura que se adoptó en el mundo entero con...  
relación a la España invadida algunas de las mayores medallas que fueron...  
los hombres y las mujeres que estuvieron a la altura moral de nuestro tiempo...  
(APLAUSOS)  
Jesús de Galindez fiel a su raza, fiel a su pueblo, como ocupar el puesto...  
que la gran mayoría de los vascos ocuparon en aquella terrible...  
que convirtió profundamente el mundo. Los vascos tanto la impresión de que son...  
con mayor intensidad que otras razas pasionadas de la tierra que los vio nacer...  
de me contra ponían que tienen un sentido febril de la existencia; tan pro...  
fundas las raíces que han echado en el hogar nativo. Jesús de...  
Galindez fue un hombre que recogió la savia de su pueblo, la tradición de su...  
raza. Por ello fue también un firme representante de las mejores tradiciones...  
de España...  
En nuestro país, sus días mejores también están ligados profundamente a...  
ángulo de México. Por ellos los que dicen vida a la tierra, quienes han...  
hecho que México marche por la senda del progreso y que se inspire en las ideas...  
de los vascos en la justicia social. Por eso motivo se llamó para los vascos...  
calentado ese empeño de Galindez en luchar por reconquistar la tierra de morir...  
en ella...  
Jesús de Galindez luchó con su deber defendiendo la independencia vasca...  
ant de España contra la invasión fascista. Y así es un mérito que todos los hom...  
bres liberales de nuestro mundo debemos reconocerle. Independientemente de que...  
nosotros no son todos un pensamiento político. Lo que importa en los momentos de...  
crisis es que vivamos unidos en los momentos de crisis para conquistar la...  
libertad, cuando no podemos luchar por la libertad de toda la raza que conduce a...  
planes revolucionarios de nuestros respectivos ideales políticos.

## DISCURSO DEL SEÑOR

### LICENCIADO

# ALEJANDRO CARRILLO

Señores dirigentes de las organizaciones republicanas españolas; señores: Esta noche vengo a unir mi voz, que no tiene más mérito que ser la de un hijo de México, para rendir pleitesía y homenaje a la tarea y a la obra cumplidas por un distinguido luchador por la causa de la libertad de España y de América: Jesús de Galíndez

Hemos escuchado hace unos instantes algunas de las características y de las virtudes cívicas que adornaron a este peleador incansable por sus ideas. Y hemos de llegar, después de escucharlas, a la conclusión de que fué un digno hijo de la gran raza vasca, un magnífico español y un hombre en la más cabal expresión del término.

Los hombres de nuestra época tuvieron que definirse en los momentos en que España se conmovía con la invasión de los fascistas. No creo exagerar cuando digo que, en función de la postura que se asumió en el mundo entero con relación a la España invadida, supimos de una manera inequívoca quienes fueron los hombres y las mujeres que estuvieron a la altura moral de nuestro tiempo. (APLAUSOS).

Jesús de Galíndez, fiel a su raza, leal a su pueblo, supo ocupar el puesto que la gran mayoría de los vascos ocuparon en aquella tragedia inolvidable que conmovió profundamente al mundo. Los vascos tengo la impresión de que son, con mayor intensidad que otras razas apasionados de la tierra que les vio nacer. Se me ocurre pensar que tienen un sentido telúrico de la existencia: tan profundas, tan hondas son las raíces que han echado en el hogar nativo. Jesús de Galíndez fué un hombre que recogió la savia de su pueblo, la tradición de su raza. Por ello fué, también un digno representante de las mejores tradiciones de España.

En nuestro país, sus hijos mejores también están ligados profundamente al suelo de México. Son ellos los que dieron vida a la Patria, quienes han hecho que México marche por la senda del progreso y que se inspire en los ideales superiores de la justicia social. Por ese motivo es fácil para los mexicanos entender ese empeño de Galíndez en luchar por reconquistar la tierra, de morir en ella.

Jesús de Galíndez cumplió con su deber defendiendo la independencia nacional de España contra la invasión fascista. Y ese es un mérito que todos los hombres libres del mundo debemos reconocerle, independientemente de que coincidamos o no con todo su pensamiento político. Lo que importa en los momentos decisivos que vive el mundo es que los hombres se asocien para conquistar la libertad, aunque no marchen juntos a lo largo de toda la senda que conduce a la plena realización de nuestros respectivos ideales políticos.

Jesús de Galíndez fué fiel en supatria. Luchó por ella denodadamente. Y al llegar a tierras de América continuó con su fidelidad a la causa de la República española.

Querer a España, a mi modo de ver, no significa única y exclusivamente ensalzar las virtudes de su pueblo y pregona la necesidad inaplazable de que las instituciones populares se restablezcan en su suelo. Querer a España es honrarla con la conducta diaria honrarla con el pensamiento y en la acción. (MUCHOS AFLAUSOS). Querer a España en América es vincularse amorosamente, apasionadamente, con los pueblos de América (APLAUSOS PROLONGADOS).

Si alguna deuda existía entre los dominicanos que con fervor apoyaron la causa del pueblo español frente a la invasión nazifascista, esa deuda quedó saldada con la conducta generosa de Jesús de Galíndez al exhibir ante el mundo a ese sátrapa sanguinario y cimarrón que domina la patria dominicana (MUY FUERTES AFLAUSOS). ¡Qué lección extraordinaria la de Jesús de Galíndez, no sólo para los extranjeros que encuentran hospitalidad en nuestros países, sino para muchos de los hombres que vimos en América la luz primera! Intelectual distinguido, no quiso eludir vicisitudes en defensa del pueblo que le había dado acogida, silenciando las monstruosidades de que había sido testigo de calidad. Conocedor como el que más de las angustias que prevalecen en ese país de las Antillas, Jesús de Galíndez quiso dar a conocer al mundo entero, con su pluma, arma poderosa, lo que estaba aconteciendo a miles de hombres y de mujeres que gimen bajo el yugo de Trujillo.

¡Qué extraordinaria lección la de Jesús de Galíndez a los intelectuales de América al hacer, con peligro de su vida, una excepcional fotografía del dictador que ensangrienta a Santo Domingo! ¡Qué magnífica lección a los pueblos de América al poner en sus manos el ariete de su verdad para que fuese conocida en todos los ámbitos de la tierra! Al escribir "La Era de Trujillo", Jesús de Galíndez estaba haciendo un servicio incalculable, no sólo a los habitantes de Santo Domingo, sino también a los ciudadanos de la mayoría de los países de América. Con dolor, con dolor auténtico, con vergüenza de americanos, he de confesar que en el llamado Nuevo Mundo el cáncer de la tiranía está corroyendo las entrañas de nuestros países. Es por ello indispensable que las características de las dictaduras hispanoamericanas, no sólo se conozcan en América, sino en el mundo entero. Acostumbrados como estamos a preocuparnos por problemas que nos llegan a lo hondo del corazón, pero que no están geográficamente cerca de nosotros, es ya indispensable que fijemos nuestra mirada en lo que está aconteciendo en el continente americano, para evitar que los gérmenes de putrefacción política y social que están haciendo que la lepra de la tiranía se extienda sobre toda América, llegue a manchar a los países, como el nuestro, en que todavía, por ventura, existe la libertad humana. (APLAUSOS CLAMOROSOS).

No fué —¡qué va!— el de Galíndez un simple ejercicio literario ni un vano empeño de intelectual metido en su gabinete de estudio, el que le llevó a trazar los rasgos esenciales de la satrapía de Santo Domingo. Fué una advertencia, una voz de alerta a los pueblos de América, para llamarles a aplastar no solamente el mal que se encuentra en la isla del Caribe, sino para evitar que el peligro circulara y cundiera por otras tierras del mundo nuevo. Por eso, Jesús de Galíndez realizó una tarea por la cual los americanos tenemos que rendirle homenaje

y manifestarle nuestra gratitud. Porque este cáncer que corroe a América es un cáncer que debemos extirpar con decisión. En las tierras que bañan el Caribe, en las islas que se extienden sobre el Golfo de México, existen hoy sátrapas que realmente nada tienen que envidiar a los más bárbaros de todas las épocas de la historia. ¡Qué incongruencia que en este continente en que por vez primera en 1776 se proclamara en Filadelfia el principio que hacía de la soberanía del pueblo la esencia misma de la autoridad, hayamos retrocedido en forma tal que hoy la democracia en esta región del mundo esté proscrita en la mayoría de los Estados americanos! ¡Qué dolor y qué vergüenza debemos sentir quienes recogimos las enseñanzas de un Simón Bolívar, de un José María Morelos y Pavón, de un Jefferson, de un José Martí, de un Sucre, de todos aquellos que lucharon, no sólo para obtener autonomía política para nuestras patrias, sino para orientarlas en el ejercicio limpio y permanente de las libertades humanas!

Aquellos que gustan de hacer, en veladas literarias, el panegírico de América, gritando a pleno pulmón que éste es el continente de la libertad, o están ciegos o mienten deliberadamente para confundir a quienes quisieran ayudar a los pueblos de América a romper las cadenas que les tienen sujetos.

Es indispensable que los hombres y mujeres de América despierten. Es imprescindible que escuchemos el llamado de Jesús de Galindez, que lo interpretemos con fidelidad, que sepamos lo que tiene de permanente y valedero. Su obra no sólo es el esquema de cómo se asesina a un pueblo y de cómo se mantiene en el terror a los dominicanos, sino de un sistema que hace imposible que el hombre se desenvuelva y florezca de manera integral. Es indispensable en América que sus mejores hijos se levanten para luchar contra los tiranos. La lucha puede y debe ser múltiple, según las circunstancias. Es indispensable que, escuchando la voz de Jesús de Galindez, llamemos a los pueblos de América todos a iniciar una campaña resuelta contra los dictadores de nuestro continente; que invitemos a los americanos todos a poner en cuarentena moral, política y social a todos los tiranos que todavía existen en América (**MUY BIEN. GRANDES APLAUSOS**).

Habrá quien nos llame ingenuos, románticos o ilusos, porque confiamos en la fuerza de las ideas y porque creemos que los instrumentos morales son eficaces para derribar imperios; pero si recordamos que las ideas se transforman en fuerza, podemos tener la certeza de que esta idea de "cuarentena", si se me permite el vocablo, a los tiranos y a los sátrapas de América, algún día los ideales de los forjadores de nuestros pueblos se habrán de transformar en realidades. Y es importante decir que no podemos conformarnos con la simple fotografía de un régimen tiránico ni con el empeño limpio y generoso de iniciar una cruzada contra los dictadores de América. Para ser eficaces en nuestro empeño, es necesario conocer las causas que crean a estos dictadores, los motivos que los engendran. Pensar que los pueblos de la América española son incapaces de gobernarse a sí mismos, es ofender, no solamente a los americanos, sino a los hombres en general. En ninguna parte del mundo los hombres son incapaces de gobernarse a sí mismos y de encontrar el mejor de los caminos para resolver sus problemas colectivos e individuales. Quien esto afirme, está negando la evidencia más absoluta que nos da la historia. Cada vez que los pueblos tienen en sus manos su destino, lo llevan por los mejores rumbos. En América hemos tenido momentos estelares en que los pueblos han tomado el timón de su nave y la han llevado a un feliz puerto. Pero, desgraciadamente, estos momentos han sido fugaces. En Amé-

rica, la dictadura ha sido casi una institución permanente como consecuencia del desarrollo material de nuestros países, esa institución estaba siendo paulatinamente derrotada. En Colombia, en Argentina, en Cuba, en Venezuela en Guatemala, en muchos de los pueblos hermanos nuestros, ya las mayorías habían forjado regímenes democráticos y se esbozaban ya soluciones satisfactorias para los grandes y seculares problemas de sus pueblos. Por desgracia, la gente que desde dentro propicia las dictaduras, los oligarcas propietarios de grandes extensiones de tierra, los dueños de los latifundios, los defensores de la esclavitud y de la servidumbre, que estaban siendo derrotados, han encontrado aliados externos que les apoyan y les ayudan a mantener... (OVACION QUE IMPIDE OIR EL FINAL DEL PARRAFO).

¡Qué mal conocen a los pueblos de mi América quienes creen que son incapaces de luchar por la libertad y por la justicia social! Si hay pueblos que nacieron peleando con el arma al brazo y que han dejado centenares de miles de sus hijos en el trayecto de sus luchas populares y sociales, esos son los sojuzgados pueblos de América. Los hijos de españoles, los mestizos, que fueron consecuencia de la unión y del choque de dos culturas y de dos razas en nuestro continente, y los indígenas han peleado unidos para alcanzar tan altas metas. La aspiración a la libertad y a la justicia social no es patrimonio de ningún pueblo ni de ninguna época. Desde que el hombre se asienta, desde que termina la etapa de la aorda trashumante, desde que el hombre empieza a investigar lo que le rodea y a enterarse del mundo, el hombre anhela prosperar y mejorar sus condiciones de vida y ser auténticamente libre. Y América no es la excepción. Los pueblos de América han luchado con decisión y con denuedo por la conquista de la libertad y de la justicia social. Pero, por desgracia, por desventura, como se ha dicho hace algunos instantes, factores ajenos a su propio ser, factores externos a sus propios pueblos, han venido a consolidar a los sátrapas sanguinarios de América.

Tenemos pueblos maravillosos; pero los pueblos, como todos los organismos vivos, producen excrecencias, y las excrecencias son sus dictadores, sus vendepatrias, quienes por un platillo de lentejas entregan la soberanía, el presente y el futuro de sus naciones. (**FUERTE APLAUSOS**). Grandes consorcios financieros, comerciales e industriales, están empeñados en comprar, barata, la riqueza de nuestros pueblos y cuentan para ello, con la complicidad de los tiranos de América. A eso se debe, fundamentalmente, que la fuerza de los hombres y de las mujeres de nuestros países no sea bastante para derrocar a sus dictadores. ¡Ah! señoras y señores; el día mismo, en la misma hora que cesara el apoyo que les brindan esos consorcios poderosos, — que ejercen influencia decisiva en sus gobiernos, poderosos también, — se derrumbarían estrepitosamente las dictaduras en tierras de América, y los americanos se dedicarían a la anhelada tarea de crear regímenes democráticos, de auténtica libertad humana en nuestro continente. Para emprender esta cruzada yo llamo a los americanos todos, independientemente de sus divergencias en materia de ideologías políticas, independientemente de la religión que profesen o que no tengan ninguna. Es una invitación a todos para que se asocien en una gran cruzada en favor de la libertad en América. No esperemos a que los españoles que aman a España y que, por lo tanto, aman a América, vengán a decirnos cuál es la tarea de los americanos frente a las sátrapas del nuevo continente. Recojamos la obra de Jesús de Galindez; rindámosle homenaje, no sólo en veladas como ésta, merecedoras de nuestro respeto, sino siguiendo su ejemplo, ampliando la obra que él realizara y que realizan, en honor a la verdad.

muchos miles de americanos. Porque si hemos de ser sinceros, Galindez no está ni estuvo solo en esta gran misión depuradora de nuestro ambiente político y social. En las cárceles de Santo Domingo gimen muchos hombres y mujeres que sólo han cometido el delito de querer libertad para su patria. En Cuba la situación es semejante. En Guatemala, el grito de dolor de muchos miles de guatemaltecos patriotas nos está llegando a los oídos y nos penetra en el corazón a quienes queremos oír. Y en Colombia, y en Honduras, en Venezuela, y en muchos países de América, gimen también hombres y mujeres valerosos —doblemente valerosos, porque son anónimos combatientes por la libertad— que están dejando sus vidas en aras del ideal democrático.

Es necesario que esta tarea, que realizan ya muchos hombres en nuestros pueblos, se agigante. No dejemos a los dominicanos luchar solos contra la satrapía criminal, sangrienta y tropical de Trujillo; no abandonemos a los guatemaltecos sin ayuda de sus hermanos frente a la brutal actuación de un régimen antinacional y espéreo que les han puesto sobre sus espaldas. La tarea nos corresponde a todos, a todos por igual: mexicanos, españoles, norteamericanos, hombres de la América del Sur y del Centro, hombres del Caribe y hombres de Europa. La causa de la libertad es indivisible, y mientras en el mundo permanezcan satrapías, mientras en nuestro tiempo existan tiranías, no podremos jamás pensar que estamos acercándonos a la hora de la auténtica libertad humana.

Yo quiero esta noche rendir mi más emocionado tributo de admiración a Jesús de Galindez, porque amando a España amó también a Santo Domingo; porque siendo fiel a la causa de la libertad de la tierra de sus mayores, en la que él nació y a la que esperaba reintegrarse físicamente a su muerte, también fue fiel a la tierra y al pueblo que le abrió los brazos y que le hizo partícipe de sus esperanzas y de sus dolores.

México gusta de rendir pleitesía a los hombres que hacen de su vida un ejemplo, a quienes predicán el bien con su propia conducta. No a aquellos que gustan de proclamar verdades sólo en las horas fáciles y que en los momentos críticos las niegan o niegan su concurso para defenderlas. Aquí admiramos a quienes saben morir defendiendo su credo, su pensamiento, su ideal. Por eso los mexicanos hemos sentido como nuestro el dolor de los vascos del mundo entero, al perder a un hombre bueno, generoso, a un hombre en la más alta acepción del término. Hombre cabal, de su tiempo, porque se preocupaba no sólo de los problemas de su país, sino porque entendió justamente que la libertad y la causa del hombre no tienen fronteras; porque comprendió que la mejor forma de luchar por su propio pueblo era la lucha por el mártir pueblo de Santo Domingo que le había brindado hospitalidad.

Yo digo que Jesús de Galindez, al exhibir documentada y valientemente las ignominias del dictador de Santo Domingo, no sólo luchaba por el pueblo dominicano, sino en favor de la libertad del pueblo vasco y del pueblo español, porque señala las lacras de las tiranías en un sitio dado de la tierra, está proclamando eficazmente la necesidad de acabar con ellas en todos los rincones del planeta. Por eso yo recojo el llamamiento de Jesús de Galindez e invito a todos, mexicanos y extranjeros, a iniciar la gran cruzada popular que habrá de extirpar el cáncer de la tiranía en América; que habrá de lograr que los ideales luminosos de los padres de nuestras patrias se conviertan algún día en realidad. Hasta el día y la hora en que las tiranías desaparezcan del suelo americano, los hombres y las mu-

... en las tropas norteamericanas que ocuparon la isla de Santo Domingo de América podremos afirmar que nuestro Continente es un Continente de libertad. Y ese día habrá de llegar si en esta cruzada ponemos lo mejor de nuestro esfuerzo y lo más hondo de nuestra devoción.

Yo tengo la firme convicción de que alcanzaremos más pronto la victoria si hablamos a los mejores ciudadanos de los Estados Unidos para que entiendan que los malos elementos suyos, aquellos que les están oprimiendo dentro de su propio país, los grandes consorcios y monopolios que extorsionan al pueblo norteamericano, son los mismos que engendran odios y abren abismos entre nuestros pueblos y el pueblo hermano de los Estados Unidos de América. (OVACION PROLONGADA).

Ser antinorteamericano es no conocer a ese gran pueblo. Aquellos de nosotros que hemos tenido la oportunidad de convivir en su seno durante años, sabemos que los ideales que estamos hoy proclamando, los ideales por los que luchamos, son también los ideales del verdadero pueblo norteamericano. Unidos los mejores hijos de Norteamérica con los mejores hombres y mujeres de la América Latina, las horas de los dictadores americanos estarán contadas y cuando la libertad impere en el Nuevo Mundo, en su firmamento lucirá la constelación de nombres de aquellos que lucharon, vivieron y perecieron defendiendo la causa del hombre y de la libertad en el suelo americano. Y cuando ese momento llegue, esplenderá con brillo propio el nombre de Jesús de Galindez, soldado de la Libertad, digno hijo de la raza vasca y representante digno del gran pueblo español. (OVACION CLAMOROSA)

... algunas frases para formular una resolución...  
... para formular dentro de un mismo cuerpo...  
... me sirva para no considerarme...  
... edición de la Habana el último editor...  
... y técnica una protesta que se formuló...  
... representante diplomático del general...  
... revista había expuesto determinadas...  
... social en España. Podría ocurrir que el...  
... rendiera protesta contra mi discurso...  
... Voy a ocuparme de Rafael Leonidas...  
... Domingo no es la República Dominicana...  
... el Rey por favor le agradeceré no...  
... do soy yo... Trujillo puede decir...  
... puede decir... el propietario de la...  
... — esta es mi tesis... Rafael Leonidas...  
... dentro de la República Dominicana...  
... decir con libertad absoluta una serie...  
... Soy hombre que gusta en los últimos...  
... luego que consiste en buscar el sentido...  
... cuanto respecta a Rafael Leonidas...  
... el benéfico de la República Dominicana...  
... benéfico de la República Dominicana...  
... el benéfico sino el más grande...  
... dice Dominicana y todo el Continente...  
... No están demás diseñar algunos...  
... mandado por los Estados Unidos... a hacer su carrera militar y política

## DISCURSO de don INDALECIO PRIETO

Me doy cuenta perfectamente de que toda la significación de este acto ha quedado ya expresado de modo definitivo. Esa expresión ha corrido a cargo de Alejandro Carrillo. Y no solamente de manera formal, por su elocuencia arrebatadora —no en vano es uno de los más grandes oradores mexicanos, uno de los más grandes tribunos de nuestra lengua en este Continente—, sino porque ha personificado aquí la asociación del pueblo mexicano al homenaje o recuerdo que rendimos esta noche a Jesús de Galindez. Por lo tanto, mis palabras constituirán algo así como un apéndice ocioso.

He de comenzar con una advertencia. Sé que no tiene límites la libertad en ninguna tribuna mexicana, pero me doy cuenta de que soy un extranjero, aun cuando innegables vínculos de hermandad me unen a México, y de que como extranjero estoy obligado a ciertos comedimientos a fin de evitar al Gobierno de México ciertas situaciones embarazosas por palabras que un extranjero pronuncie desde una tribuna mexicana con relación a otro Gobierno cualquiera que mantenga relaciones diplomáticas con el de México.

Como estoy pensando que, forzosa e ineludiblemente, habrán de salir de mis labios algunas frases duras, deseo formular una aclaración previa que me sirva para conquistar dentro de mí mismo cierta libertad de expresión, es decir, que me sirva para no considerarme coaccionado. No hace más de tres horas he recibido de La Habana el último editorial de la revista "Bohemia", en el cual se recoge y rechaza una protesta que ha formulado ante el Gobierno de Cuba el representante diplomático del general Franco, señor Logendio, porque la citada revista había expuesto determinados juicios acerca de la situación política y social en España. Pudiera ocurrir que al representante dominicano en México, pretendiera protestar contra mi discurso, y de ahí mi advertencia previa.

Voy a ocuparme de Rafael Leónidas Trujillo, quien no es el Estado de Santo Domingo, no es la República Dominicana, ni oficialmente el jefe de ella. Luis XIV, el Rey Sol, tuvo la arrogancia, no distante de la verdad, de declarar "el Estado soy yo". Trujillo puede decir muchísimo más que Luis XIV (Risas). Trujillo puede decir "el propietario de la República Dominicana soy yo". Ahora bien —esta es mi treta—, Rafael Leónidas Trujillo no es en la actualidad el Presidente de la República Dominicana, sino su hermano Héctor, y, por lo tanto, puedo decir con libertad absoluta una serie de verdades contra Rafael Leónidas Trujillo.

Soy hombre que gusta, en los últimos años de la vida, entretenerse con un juego que consiste en buscar el sentido etimológico de las palabras. Y me encuentro, por cuanto respeta a Rafael Leónidas Trujillo que es, por título oficial el **benefactor** de la República Dominicana. La palabra **benefactor** —me vais a dispensar esta pequeña digresión— constituye un arcaísmo. Hoy, en vez de **benefactor** decimos **bienhechor**. Pero el general Rafael Leónidas Trujillo no es el bienhechor sino el más grande malhechor que haya podido conocer la República Dominicana y todo el Continente.

No estará demás diseñar algunos trazos biográficos de este monstruo amantado por los Estados Unidos. Empieza a hacer su carrera militar y política

enrolándose en las tropas norteamericanas que ocuparon la isla de Santo Domingo. Y es a cuenta de esta iniciación antipatriótica de subordinarse a un ejército invasor como empieza la carrera monstruosa de un hombre para el cual todos los calificativos denigrantes que yo pudiera emplear resultan débiles. Merced a esa iniciación llegó a ser, cual lo es hoy, dueño omnímodo de la República Dominicana.

Quiero trazar —se irán reflejando en mis palabras— unas líneas que marquen el paralelismo de Rafael Leónidas Trujillo con Francisco Franco. En rigor de verdad, es posible que Rafael Leónidas Trujillo gane todavía el campeonato de la crueldad a Francisco Franco, cosa un poco difícil. Pero además, están entregados ambos cuates (risas) a las mismas payasadas. Pagan en grandes periódicos norteamericanos suplementos, páginas enteras, con losos, con retratos galardonados, con toda clase de énfasis elogiosas para sus respectivas personas, y hacen, incluso con sus hijos que nacen ya deshonrados por ser hijos, las distinciones más disparatadas. Una de ellas, curiosa y graciosa, es que al segundo nieto de Franco le hayan cambiado el orden de los apellidos para que se llame también Francisco Franco, pues en vez de llevar primeramente el apellido de su padre lleva el de su madre.

El general Rafael Leónidas Trujillo hace respecto de su descendencia cosas igualmente pintorescas. A su hijo, llamado Rafael, o "Ramfis", según allí le llaman, a los tres años, en virtud de un decreto firmado por su padre, se le nombra coronel atendiendo —reza el decreto— a sus méritos (Risas). Los méritos de un niño de tres años, aunque sea hijo de un dictador, suelen reducirse a ensuciar los calzones. A los nueve años, este coronel del ejército desde los tres años asciende a general.

Su padre, ha acumulado todos los honores y todos los títulos imaginables. Sabéis que el lema obligado en las placas de los automóviles y en las de edificios oficiales y particulares es "Dios y Trujillo", no habiéndose atrevido, aunque quizá se lo hubieran permitido eclesiásticamente, invertir el orden de los nombres diciendo "Trujillo y Dios". Además de títulos casi celestiales, absorbe todos los negocios y es el dueño efectivo de la República Dominicana.

Eso de su avaricia tal vez no nos interese de momento por atraernos más margar algunos hechos de su historia, de los cuales podemos colegir su degeneración. Se trata de un hombre a quien estadísticas que se reputan moderadas atribuyen el asesinato de tres mil dominicanos —compatriotas suyos— en los quince primeros años de ejercicio en la jefatura del Poder; un hombre que el año 1937, cuando se produjo una gran crisis azucarera, teniendo dentro del territorio dominicano a doscientos mil haitianos sin ocupación, buscó al problema la solución que sólo un monstruo puede idear: asesinar a aquella gente. Y cuentan las crónicas que en el plazo de treinta y seis horas, a golpes de bayoneta y a cuchilladas, fueron asesinados más de veinte mil haitianos a quienes era imposible dar trabajo, y que no podían volver a su país, fronterizo de Santo Domingo. ¿Cómo extrañarnos que este hombre, que cometió dentro de su recinto patrio tamañas barbaridades, se haya dedicado, cual está dedicándose, a una exportación de asesinos para cazar fuera de su patria a gente no adicta? Porque el hecho de Galindez no es nuevo. En la misma Nueva York y en La Habana, ha habido desapariciones análogas a la de Galindez y se han cometido asesinatos a cargo de criminales que dependían de Rafael Leónidas Trujillo.

El problema, señores y amigos, es terrible para conciencias liberales, para conciencias democráticas como las nuestras. Los antecedentes de ese hombre son los que, a grandes rasgos, fragmentariamente, acabo de exponer. La Asamblea General de las Naciones Unidas, el año 1948, proclamó con mucha solemnidad la titulada Declaración Universal de Derechos Humanos, en la que, naturalmente, constituye base fundamental de sus principios el respeto a la vida humana. Pues bien, cuatro años después, en 1952, Rafael Leónidas Trujillo es admitido como representante de la República Dominicana en la Asamblea General de las Naciones Unidas. No hay un cordón moral que corte esta lepra, como la ha llamado, con justa acepción, el amigo Alejandro Carrillo, ni hay tampoco quien ponga en cuarentena, como él ha sugerido, a esta clase de personajes — bestias que ya van inundando el mundo.

He conocido a Galíndez. Estuve con él la última vez en Nueva York, almorzando juntos, exactamente el 10 de septiembre de 1955. Me habló de "La Era de Trujillo", libro que le ha costado la vida. No me voy a dedicar aquí a loar los méritos intelectuales de Galíndez. En toda clase de martirios hay una aureola mítica que no se debe desvanecer, que no hay por qué borrar. A mí no me interesa el intelectual sino el hombre. Y me interesa, naturalmente, la forma en que ese hombre, por sus ideas, ha sido eliminado.

En otros casos, cuando se trata de rendir homenaje a un muerto o a una legión de muertos — esto se puso de moda a raíz del armisticio de la primera Guerra Mundial, en 1918 —, suele guardarse un minuto de silencio. En casos como el de Galíndez, ¡no! En estos casos, aunque el silencio concentre el pensamiento y el pensamiento en los creyentes se convierta en oración callada y en los no creyentes constituya reverencia a la persona o a la multitud recordada, en estos casos no se debe guardar silencio. El minuto de silencio debe ser reemplazado por una hora de alaridos, de gritos indignados, de protestas ardorosas como las que con gran elocuencia ha proferido el licenciado Alejandro Carrillo.

¡Nada de silencio! Venimos a gritar, a gritar fuerte. Y pecaríamos de cobardes si estos gritos, estos alaridos los dirigiéramos de manera exclusiva hacia el autor o autores intelectuales y materiales del tremendo crimen que representa la aniquilación física de Jesús de Galíndez. Mi reprobación, además de a los autores, abarca también a cómplices y encubridores.

Las reflexiones que sobre este particular ha hecho José Luis de Irisarri han sido vibrantes. Las suscribo. No tengo por qué apuntar atenuaciones que las hagan perder fuerza.

Como acabo de decir, conocí a Jesús de Galíndez. Puedo responder de su honradez, de la limpieza de su alma y de la devoción a sus ideas, que no eran las mías. Un hombre incapaz de toda mala acción, ha sido eliminado. ¿Por quién? Sobre ello, a estas horas, no cabe ninguna duda. No la hubo desde el primer momento, pero el misterio se ha desvanecido ya totalmente.

¿Cuándo se ha desvanecido el misterio? ¡Ah! Cuando sucumbió en Ciudad Trujillo un súbdito norteamericano, coautor en el secuestro de Galíndez. Me explico que el Gobierno de una nación tenga preferencias defensivas para los ciudadanos de ella, para sus súbditos y, por lo tanto, me explico la reclamación diplomática que ahora se tramita entre el Departamento de Estado, de Washington, y la cancillería dominicana a cuenta de la desaparición del aviador Murphy, norteamericano. Pero, ¿por qué desapareció Murphy? ¿Por qué ha sido elimi-

nado? ¿Por qué ha sido asesinado? Pues porque a cuenta de indiscreciones suyas iba cundiendo la voz de que él había pilotado el avión en que se transportó hasta el aeropuerto de Montecristo, en la isla dominicana, no sé si el cuerpo anestesiado o el cadáver de Jesús de Galíndez.

Está bien esa reclamación, pero no se basa más que en un eslabón de la cadena de sucesos sangrientos. Murphy es asesinado en Santo Domingo para que no se descubra, a través de indiscretas palabras suyas, que él fue quien transportara, bien el cadáver o bien el cuerpo anestesiado de Jesús de Galíndez desde un aeródromo cercano a Nueva York a territorio del feudo trujillano.

¿Acaso para el Gobierno de Washington no representa nada la eliminación de Galíndez, que no es súbdito norteamericano, pero que vive en suelo de Norteamérica y se cree amparado por la bandera de esa poderosísima nación que se proclama rectora del mundo libre, nación para la cual Galíndez, por no ser norteamericano, no merece una pizca de atención? Eso es algo que normalmente no se puede admitir.

La revista "Life" ha publicado una información sensacional sobre la desaparición de Jesús de Galíndez. Hay algunos detalles, todavía misteriosos, no revelados, pero el relato fundamental está hecho públicamente.

Mi olfato periodístico me revela que esa información no se debe a los reporteros de "Life", sino a la policía norteamericana. (Muy bien. Aplausos). "Life" sólo le ha dado la resonancia de su vasta difusión.

Aquella pasividad de los primeros momentos bajo pretexto de si la investigación correspondía a la policía local de Nueva York o a la policía federal, lo que determinaba que ninguna hiciese nada, no era tolerable. Hoy, todo está completamente despejado, resultando inútil aquella competencia, o incompetencia, de jurisdicciones policíacas que, dada la naturaleza y significación del suceso, la hacían más lamentable y bufa. Ahora se sabe que el aviador norteamericano Murphy, en aeropuerto muy próximo a Nueva York, recoge a un hombre llevado allí en una ambulancia; que lo mete en su avión previamente alquilado; que en el avión lo lleva al aeropuerto isleño de Montecristo desde donde un aviador dominicano — también asesinado, aunque se haya querido fingir su suicidio —, lo conduce a Ciudad Trujillo.

Pero la raíz de todos estos sucesos está en Nueva York, está en el secuestro de Galíndez y sobre tal particular la actuación del Gobierno, de Washington es nula. Hay, actualmente, una información lanzada a la publicidad de las investigaciones primeras de la policía — pero acerca de la cual en Washington no se quiere reclamar ni protestar.

En Uruguay, pueblo fundamentalmente democrata y extraordinariamente sensible por cuanto afecta al respeto a la vida humana, el Gobierno ha acrodado unánimemente, al cumplirse el primer aniversario de la desaparición de Galíndez, plantear oficialmente el asunto, por medio de su representación, en las Naciones Unidas. ¿Qué irá a decir el Gobierno norteamericano cuando la representación uruguaya plantee el asunto ante la ONU?

Los Estados Unidos de América amparan, naturalmente, a todos sus súbditos con un vigor, con una fuerza, que no tienen naciones carentes de potencia igual. Se sentirá su presión sobre el Gobierno dominicano, exclusivamente limitada al asesinato de Murphy. Pero, ¿van a justificar los Estados Unidos que no han hecho nada, que no quieren hacer nada en la averiguación de un crimen

que se comete en el corazón de Nueva York y cuya comisión es ahora conocida detallada y públicamente? He ahí una piedra de toque.

Tampoco yo soy antinorteamericano. Al criticar al Gobierno de Washington hago una distinción que justamente ha hecho Alejandro Carrillo; separo de todos estos turbios manejos a la masa popular norteamericana. Mas esa nación se presenta ante la totalidad del llamado mundo libre como la gestora, la directora, la coordinadora de cuantas naciones lo componen.

Luego hablaremos, porque no quisiera que se me escapara la idea, de una iniciativa que aquí ha lanzado Alejandro Carrillo.

Reconozco, como Alejandro Carrillo, la capacidad de los pueblos de toda América para regirse democráticamente, y reconozco, asimismo, que la frustración de estos regímenes sinceramente democráticos, es consecuencia de las presiones de grandes consorcios y grandes empresas, generalmente norteamericanas. Separo al pueblo norteamericano de toda turbiedad.

Jesús de Galíndez ha sido asesinado, o se ha hecho desaparecer su cuerpo después de muerto, en la misma capital de la República Dominicana. En los alrededores de aquella ciudad hay un gran matadero, cerca de un acantilado donde rompe bravamente el mar. Los desperdicios del matadero se vierten al mar, por lo cual, aquel paraje está plagado de tiburones que buscan alimento en tales despojos. Algunas veces, no algunas, muchas veces, el general Rafael Leónidas Trujillo, ha prodigado a esos tiburones la golosina —llamémosla así— de carne humana, echando también al mar, haciéndolos rodar por el acantilado, a sus enemigos políticos. Por ahí rodó, según todos los indicios, Murphy. Por ahí, seguramente, rodó también el cadáver de Jesús de Galíndez. No hay posibilidad, querido Irisarri, de que el cuerpo de Galíndez vaya a reposar en la tierra de Amurrio, en aquel valle estrecho que tiene como cierre la Peña Orduña, coronada por la gigantesca imagen de la Virgen de la Antigua, peña que es peldaño por donde el País Vasco asciende a la planicie castellana. No hay posibilidad. Los restos mortales de Jesús de Galíndez, su carne y sus huesos, han sido seguramente devorada y roídos por los tiburones.

Quizá el general Franco lamente no disponer de tiburones en el Manzanares. Por eso tiene que matar a nuestros hombres en pleno centro de Madrid, en la Puerta del Sol, en la Dirección General de Seguridad, antiguo Ministerio de la Gobernación, donde, pateado bestialmente por agentes franquistas, reventó, hace poco tiempo, mi correligionario Tomás Centeno. Pero estas muertes dejan rastro. Así, al ser conducido el cadáver de Tomás Centeno al cementerio, una patrulla de agentes secretos rodeó el féretro para no consentir que se abriera y que la familia pudiera despedirse del ser querido. No lo consintió porque el cuerpo magullado de la víctima delataba la bestialidad con que se le había dado muerte en el mismo corazón de Madrid.

Por eso digo que quizá el general Franco lamente que no haya en el Manzanares tiburones a los cuales arrojar los cadáveres de sus enemigos políticos.

La desaparición de Galíndez es ya un hecho claro, clarísimo. No hay en el relato publicado más que una laguna, la del instante en que nuestro pobre amigo es secuestrado, por lo visto, en uno de los trenes del ferrocarril subterráneo de Nueva York. Se le aplica una inyección para enervarle y los hombres que cometen esta felonía, tal vez fingiéndose agentes de la policía, llaman a una ambulancia que recoge al inconsciente, ambulancia en la cual se le lleva al aeropuerto

donde el aviador Murphy lo mete en su avión y lo transporta a la República Dominicana. Ese es el hecho. Sobre ese hecho si la reclamación diplomática es sin cera y está inspirada en afanes de justicia, no se puede saltar. No se puede prescindir del suceso originario —el secuestro y asesinato de Galíndez— para dejar reducida la reclamación al asesinato del aviador norteamericano que condujo a Santo Domingo el cadáver o el cuerpo anestesiado de Galíndez. Omisiones de esta naturaleza no pueden menos de rebajar la calidad moral del Gobierno norteamericano que quiere erigirse en líder de todas las potencias del mundo libre.

Aunque la frase haya tenido éxito, no creo en eso de la "cortina de hierro". No creo en una línea recta que, separe a tiranías y pueblos libres. Hay una línea que no es recta, sino zigzagueante y quebrada, que penetra en unos y otros Continentes. Una línea recta que separe el mundo, lo separará geográficamente, pero, ideológicamente, no.

¿Es que repúblicas como la dominicana son pueblos libres? ¿Es que otras naciones de América como las citadas en su elocuente intervención por Alejandro Carrillo, son pueblos libres? No. Esa línea divisoria entre la libertad, que es la dignidad del hombre, y la tiranía, que es su oprobio, va corriendo zigzagueante por todos los Continentes y va inyectando la lepra en pueblos dignos de mejor suerte y capaces de regirse por sí mismos. El más grave problema del llamado mundo libre es que carece de dirección.

Creo en la capacidad del pueblo norteamericano y creo en la capacidad de todos los pueblos de este Continente para regirse por sí mismos. Creo también en la honradez democrática de sus masas populares, pero declaro la incapacidad moral e intelectual del Gobierno norteamericano para dirigir al mundo libre. (Fuerzas aplausos).

Por eso dije antes, que suscribo todas las distinciones, hechas con sapiencia y dichas con elocuencia por Alejandro Carrillo, en cuanto a las vicisitudes históricas, ciertamente lamentables en estos instantes, del llamado Nuevo Mundo, del Continente americano.

Voy a transmitir una sospecha, una sospecha que mi convencimiento transforma en evidencia. En la entrevista que han celebrado en las islas Bermudas el Presidente Eisenhower y el primer ministro de la Gran Bretaña, Mr. McMillan, es para mí indudable que se ha obtenido la aquiescencia del Gobierno inglés para el ingreso de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Es mi convicción profunda que se ha hecho esa concesión. Para dar un vigor que no recuerdo haya tenido nunca ninguna solicitud internacional de ese orden por parte de los Estados Unidos, se han fundido el Poder ejecutivo y el Poder legislativo de dicha gran nación en la demanda de tan bochornoso ingreso. Las dos Cámaras que constituyen el Congreso norteamericano han votado, por unanimidad, la resolución de que se incite al ingreso de España en la Organización del Tratado del Atlántico Septentrional. Ahora bien, en la Organización susodicha no puede ingresar un país si no es por acuerdo unánime de todos cuantos le constituyen.

Es una nueva prueba a que se va a someter a la democracia europea, sin fuerzas para desprenderse del avasallamiento económico y político de los Estados Unidos. Hay un factor de orden personal que es el siguiente. El ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica, Paul Henri Spaak, socialista, correligionario nuestro y verdadero autor del Tratado, porque fué su redactor principal, se opuso siempre al ingreso de la España franquista en dicha Organización y, además, perfiló las cláusulas de ésta en forma que resultara imposible el referido ingreso.

so. Pues bien, Spaak cesa en la cartera de Relaciones Exteriores, por haber sido designado secretario de la OTAS, donde tendrá voz, pero no voto.

El Gobierno belga cuenta con una representación socialista y está presidido por un socialista. Abrigo grandes esperanzas en la actitud digna del Partido Socialista Belga y confío en que sus representantes ministeriales hagan vetar la entrada de Franco en la OTAS, pero, naturalmente, no puedo desconocer la inmensidad coactiva de los Estados Unidos sobre el Gobierno belga y sobre todos los Gobiernos de Europa occidental.

Es posible que otra vez a nosotros —hablo como socialista— se nos desgare el alma viendo que Gobiernos europeos, y son varios, en que hay representación socialista, se allanen al mandato imperioso que significa lo que ha acordado el Parlamento norteamericano en virtud de una iniciativa del Poder ejecutivo. Trátase de una crisis tremenda que nos va despedazando a todos, pues nos deja sin fuerzas morales, salvo en este islote ideal, que es México, donde podemos... (Aplausos clamorosos que impiden oír el final del párrafo). ¡Ah!, pero temo mucho lo que pueda ser fruto de la corrupción procedente de las más altas esferas norteamericanas, corrupción que no sólo está corrompiendo este Continente, sino, además, minando la moral de Europa, dejando a muchos socialistas europeos, sin vigor para oponerse a realidad tan sucia. Una nueva sumisión no constituirá para nosotros una sorpresa, pero sí un lacerante dolor que añadir a otros dolores.

Los españoles expatriados nos nutrimos de optimismos engarzados como esas cadenas de papel de colores de las verbenas, en los que siempre nos anima el color de la esperanza. Pero la realidad viene siendo muy distinta a nuestros optimismos. La realidad puede ser que el ingreso de la España franquista en la OTAS constituya un acto asegurador de Franco en el Poder, acto mucho más eficaz que su ingreso en las Naciones Unidas.

Voy a decirlos por qué: una vez que España —y perdonará el amigo Irisarri que me desvíe del tema de esta velada— esté dentro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, Franco tendrá, probablemente, manera de dar salida a su ejército ocioso de Marruecos. Pedirá que tropas suyas vayan —y los Estados Unidos defenderán esta aspiración— a ocupar sitios en el corazón de Europa, uniéndose a las fuerzas francesas, norteamericanas y británicas que allí constituyen lo que pudiéramos llamar el cordón de seguridad contra la eventualidad de una invasión rusa. En ese caso, uno de los problemas más espinosos que tiene actualmente el general Franco, la ociosidad de un ejército que en Marruecos carece de función propia, será resuelto llevando a ese ejército, con gran esplendor, en forma de División Azul, o de otro color, al centro de Europa para alternar con tropas de las grandes potencias aliadas del mundo libre.

Eso revestiría una significación moral y material extraordinaria. Como todos los grandes han perdido la vergüenza, acaso debamos acudir, por si allí se ha confinado la dignidad, a la pequeña Islandia, diciéndole: "Mira, tú puedes oponerte al apetecido ingreso de la España franquista en la OTAS. Aunque seas un país pequeño, reducido, insignificante, tú solo puedes evitar lo que para todo el mundo constituirá un baldón muy difícil de borrar".

¡Tantas ilusiones se han ido desvaneciendo!. Una de ellas era últimamente la de que de un día para otro Franco, voluntariamente, desaparecería del Poder. Hábéis visto las declaraciones que hizo ayer. Confirman su actitud de no abandonarlo. ¡Si ningún dictador puede abandonarlo voluntariamente! ¡Si esto es absoluta-

mente imposible! Los crímenes, latrocinios y desafueros de todo género que constituyen la historia de cualquier dictador le impiden dejar el Gobierno voluntariamente. Son su coraza, su escudo, su defensa.

En semejantes circunstancias, irse del Gobierno equivaldría al suicidio, y Franco no se suicida. ¿Hay fuerzas para echarlo? ¡Claro que las hay! Principalmente las fuerzas del ejército si éste conservara aquel ferviente amor a la patria que, inclusive en sus graves errores, le distinguió en España. Pero, también el ejército parece sometido a Franco.

El panorama nuestro —perdonad que, como siempre, yo no sepa contener ni disimular mi pesimismo—, el panorama nuestro lo veo bastante negro. Ahora bien, no debemos abandonar la lucha, como decía elocuentemente Alejandro Carrillo. En cualquier sitio donde se luche por la libertad estaremos nosotros, los españoles expulsados de España por haber sido fieles a ella.

Vi un esbozo de programa de lucha democrática intercontinental en las últimas palabras de Alejandro Carrillo, aquellas en las que bosquejaba una organización en pro de la libertad y en pro de la decencia en el Continente americano y no reduciéndola a éste sino ampliándola al mundo entero. No me arrogo ninguna representación. Hablo sólo por mí, pero creyendo interpretar el pensamiento de los centenares de españoles congregados aquí (aprobación) y de muchos miles no presentes. Sabed que estamos dispuestos a entregar lo que nos quede de vida o de sangre por esos ideales. Hace falta una dirección conjunta. Tenéis los hombres, aunque no hayáis querido citarlos. Yo os digo, por mí y creo interpretar la opinión de los demás, que una dirección encomendada a tres hombres que se llaman: Rómulo Gallegos, Eduardo Santos y Lázaro Cárdenas puede guiarnos. puede... (Ovoción clamorosa que no permite oír el final de la frase).

mente imposible. Los crímenes, latrocinios y desastres de todo género que constituyen la historia de cualquier Estado le impiden dejar al Gobierno y al pueblo en libertad para que se desarrolle en el camino que él mismo quiera.

En semejantes circunstancias, el Gobierno español y el pueblo español no tienen más remedio que someterse a la voluntad del extranjero. Pero, ¿cómo se someten? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?

El problema nuestro — por lo que respecta a España — es el siguiente: ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero? ¿cómo se someten a la voluntad del extranjero?